



PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIACO

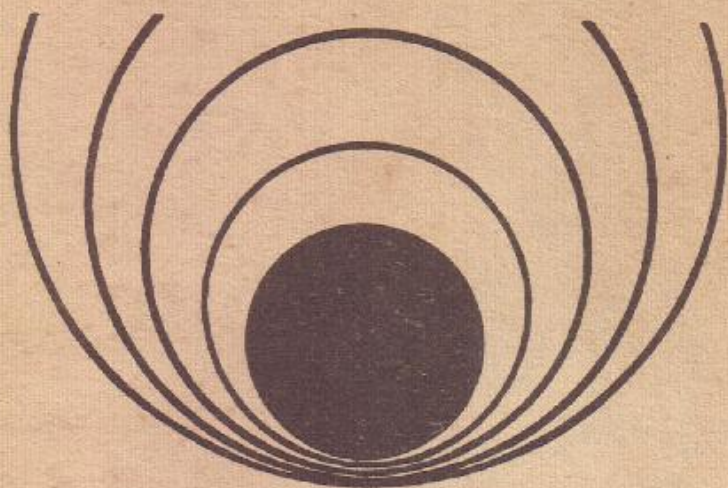
EL MISTERIO DEL PEQUINES

Ralph Barby

Ralph Barby

EL MISTERIO DEL PEQUINES





PUNTO ROJO



RALPH BARBY

EL MISTERIO DEL PEKINES

Colección PUNTO ROJO n.º 1.151
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 22.489 1984

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición en España: julio, 1984
1.ª edición en América: enero, 1985

© Ralph Barby · 1984
texto

© Desiló · 1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona · 1984

CAPITULO PRIMERO

- Pierre, sé que estás sin trabajo —me dijo Doménico.
- Psh —respondí, ambiguo.
- Será sólo por un mes.
- La verdad, tengo ganas de irme a Egipto.

—¿Y qué puñetas se te ha perdido a ti en Egipto?

—Tengo ganas de ver las pirámides y a una egipcia de pura cepa. ¿Sabes que no es fácil encontrar egipcias por ahí? Encontrarás libanesas, griegas, tunecinas, yugoslavas, de las que quieras, pero egipcias es muy difícil.

—¿Y por qué es tan difícil? —me preguntó Doménico desde su lecho del dolor con resignada paciencia.

—Porque están muy pegadas a su tierra.

—A mí me gustan las parisinas.

—Bah —repliqué—. A ti te gustan las provincianas que hay en París y que se hacen pasar por parisinas auténticas. A mí me gusta conocer mundo.

—Sí, a través de las mujeres. Al grano. Pierre. ¿Aceptas o no?

Lo miré. Estaba en el lecho del dolor, eso creo que ya lo he dicho, pero ahora te lo repito a ti, sí, a ti que estás leyendo esta historia que te voy a contar y te darás cuenta de que no es nada vulgar. Todo comenzó así, con la llamada de un amigo que me pedía más o menos socorro.

—Acepta, por favor. Todos los ingresos que me correspondan a mí serán para ti durante este mes.

Lo observé con mayor atención. Estaba más amarillo que un chino de Pekín, pero no un chino auténtico, sino un chino de cómic al que el dibujante se le hubiera ido la mano dándole color amarillo.

Doménico tenía el hígado hecho trizas. Me dijo que había comido algo en algún restaurante que lo había puesto a parir, pero yo no acababa de crérmelo. También podía haber se dado un «pico» con una de esas malditas agujas infecta das y podía haber cogido la hepatitis de mierda, la que entra por la sangre; o quizá simplemente llevaba demasiado tiempo bebiendo ajeno, pernod, coñac y whisky y el hígado se le había puesto cirrótico. El caso es que, como te decía, estaba amarillo como un chino de cómic.

Yo no era médico, pero le daba para tres meses como máximo. Lo que no comprendía era por qué no se internaba en un hospital cuando tan conectado estaba con los hospita les. O quizá fuera porque los conocía bien, demasiado bien.

—De acuerdo, pero ¿y los papeles?

Entendí que con aquella respuesta, me comprometía. Do ménico, más que amigo mío, era el padre de un joven que sí había sido amigo mío. un muchacho que había muerto electrocutado en una actuación con guitarra eléctrica. Yo, por aquellos días, les llevaba todo el asunto de la electrónica.

La policía me hizo infinidad de preguntas, pero se demostró que yo no era culpable de nada y su padre también lo comprendió así.

—Te daré unas autorización para ocupar el puesto de chó fer de la

ambulancia. Serás conductor interino, el camillero sanitario será Napoleón.

—¿Napoleón?

—Sí, Napoleón, él se encargará de los enfermos. Yo tengo el teléfono aquí, en mi mesita. atenderé las llamadas. Como ves. también tengo el radioemisor que conecta con la ambulancia y de este modo os dirigirá adonde haya que ir. Verás como no tienes ningún problema, pero deberás vestirme de blanco.

—No. no. por eso no paso.

—Lo siento, es obligatorio.

—De eso ya hablaremos —repliqué—. Por cierto, ¿tu ayudante no se llamaba André?

—Sí. pero murió.

—Si era muy joven...

—Bueno, ya te contaré, fue muy desagradable. Ahora, mi ayudante es Napoleón. Lo encontrarás en la ambulancia, es un buen compañero y él sabe lo que hay que hacer. Compréndelo. Pierre, no puedo tener la ambulancia parada durante tanto tiempo.

Llevar una ambulancia, después de todo, no era lo mismo que conducir un furgón de entierro, siempre oliendo a flores y con una recua de automóviles detrás, todos atentos a no perder de vista las coronas de flores en medio del denso tráfico de París. En cambio, conducir una ambulancia podía resultar hasta divertido. Me dije que iba a vivir aquella experiencia.

Volví a mirar a Doménico, tendido en su cama y tan ama rílo que debería inaugurar él mi primer servicio de conductor de ambulancias. No entendía cómo se había puesto tan mal en tan poco tiempo.

Sonó el timbre del teléfono. Doménico alargó su mano y lo descolgó.

—¿Sí? Ah. eres tú. Napoleón. Ahora baja Pierre. él llevará la ambulancia y tú serás el sanitario. Nada de complicaciones, ya sabes, os limitáis a meter en la ambulancia a los pacientes y los trasladáis al hospital que os digan. Ya conoces las tarifas, que no se escape nadie sin pagar. Si en un hospital no aceptan al enfermo, vosotros os laváis las manos, no es cosa vuestra. ¿Entendido?

Doménico colgó el teléfono y me dijo:

—Tu compañero te está esperando abajo. Y, por favor, que te conozco, no conviertas mi ambulancia en chatarra. Los familiares de los pacientes que transportamos se ponen muy recelosos si ven la ambulancia abollada.

—No temas. Si el enfermo o herido sube a la ambulancia con un hueso roto, no saldrá con dos, aunque, bien mirado, una vez dentro del hospital ya da lo mismo. Donde se arregla un hueso, se arreglan dos o tres.

—Pierre...

—¿Quieres fumar? —pregunté, mostrándole mi paquete de cigarrillos.

—Se acabó el fumar.

—No jodas —repliqué.

—En la ambulancia no se puede fumar y delante mío, tampoco. Me da. me da. me da ñau, ñau...

—Eh, no vayas a vomitar ahora —exclamé, retrocediendo un paso.

Doménico hizo un esfuerzo y consiguió dominarse. Me guardé los cigarrillos. Doménico estaba peor de lo que yo suponía. Si se levantaba de la cama, le dolía la cabeza, tenía arcadas y mareos.

Volvió a sonar el teléfono. Doménico lo descolgó de nuevo y debía haber sonado de otra manera porque respondió:

—Servicio de ambulancias Longevidad. —Escuchó, e inmediatamente asintió—: Sí. sí. en seguida. Dígame la dirección...

Sostuvo el auricular con la zurda y escribió en un bloc con un bolígrafo, utilizando la mano derecha. Luego, colgó, arrancó la hoja del bloc y me la alargó.

—Toma, tu primer viaje.

—Eh, eh, espera, que voy indocumentado como conductor de ambulancias.

—Eso ya lo arreglaremos mañana. Ahora, date prisa. Métete en la cabeza que hay un ser humano que está agonizando y depende de ti que un médico llegue a tiempo de salvarle la vida. Sobre todo, que no se te muera en la ambulancia.

—¿Por qué?

—Eso siempre acarrea problemas. Los del hospital dicen que no aceptan cadáveres y la familia suele insistir en que te entregó el paciente vivo. Apresúrate, no se puede perder ningún cliente. Por si no lo sabías, tenemos mucha competencia. Cuando yo era taxista, creía que iba a rodar solo por París como ambulancia de urgencias, pero me equivoqué. Vamos, aprisa, si se pierden clientes el negocio no rinde.

Acepté aquel trabajo por ayudar a un amigo, palabra, te lo cuento tal como sucedió, y no estaba seguro de durar mucho tiempo en él.

Salí de la habitación y me crucé con una mujer vestida de negro con un sombrerito de flores azules, creo que eran margaritas. Qué raro, yo no había visto nunca margaritas azules.

Aquella mujer no me dijo nada, creo que no le caí simpático, quizá le sentaba como una patada en el estómago.

Bajé una escalera de caracol y me encontré en el garaje-taller donde estaba la ambulancia. Era un automóvil tipo break con el techo cambiado para hacerlo un palmo más alto, seguramente para que los acompañantes de los pacientes viajaran más cómodos. Entonces descubrí a Napoleón. el que iba a ser mi compañero de fatigas.

Debían haberle puesto el nombre en una tómbola, porque no se parecía en nada a Napoleón, me refiero al emperador, claro. El Napoleón camillero era alto y delgado como un alambre. Su cabello era rubio y muy cortito y llevaba gafas montadas sobre acero, con cristales que delataban unas exce sivas dioptrías de miope. Era de piel blanco sonrosada su boca estaba permanentemente entreabierta, mostrando sus dientes pequeños en una especie de sonrisa sádica. No me costó imaginármelo en la Morgue haciendo disec ciones. Después de todo, ya llevaba ropa de trabajo, pantalones y bata blanca. —Soy Pierre.

—Y yo. Napoleón —me dijo con una voz muy grave que no encajaba demasiado con su aspecto general. Estrechamos nuestras manos.

—¿Sabes adonde vamos? —preguntó.

—Doménico me ha dado una dirección.

—¿Sabes de qué se trata?

—No.

—Bueno, da la mismo, ya nos dirán adonde ha que llevar el paquete. Yo no sé dónde estás tú ahora, lector, si en la playa, en la nieve, metido en el fondo de una habitación o encajado en el asiento de un tren rodeado de gente que come bocadillos de tortilla. daJo mismo. Sigue palabra por palabra, porque no es fácil que alguien te cuente una historia semejante a la que yo viví.

—¿Qué pasa? —me preguntó Napoleón.

—Nada, nada, estaba contando...

Pensé que era mejor callar. ¿Cómo iba a explicarle a Napoleón que te estoy contando esta historia a ti. precisamente a ti que la tienes entre las manos, frente a tus ojos? Me importas tú por encima de todos, de veras. Napoleón, bue no, él era otra cosa, ya te contaré.

Abrió la puerta del garaje. La llave estaba puesta en el contacto, sólo había que darle media vuelta y...

Ruuuuuuun. ruuuuuuun.

Acaricié el volante, en apenas unos segundos noté la leve trepidación de la máquina. Tenía un buen motor, no cabía duda, un motor fino y puesto a punto.

Se encendió una luz en el salpicadero a mi derecha, al tiempo que sonaba un zumbido. Vi el radio-teléfono y lo descolgué.

—¿Qué pasa?

—¡Pierre, cuida del coche, es todo lo que tengo!

—Descansa y deja de ponerte amarillo. Deséanos suerte.

Levanté el pie del embrague, la marcha ya estaba metida. Pisé levemente el acelerador y la ambulancia salió bien, sin problemas.

Ya en la calle, Napoleón abrió la portezuela y se metió dentro, sentándose junto a mí.

—¿Has llevado alguna vez una ambulancia? —me preguntó.

—La primera vez de mi vida, pero pienso pasarlo fenómeno. Esto es la sirena, ¿verdad?

-Sí.

Le di.

¡ Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!

Aquel ulular era puro LSD, de alucine. Comprendí por qué algunos se metían a ambulancistas o a policías. Pilotar un coche a toda pastilla, llevando la sirena a plena potencia, estimulaba los sentidos que era la leche.

Napoleón me observó a través de sus cristales de miope. Miró luego el cuentakilómetros, mientras yo veía como los coches se apartaban a un lado y a otro para dejarme paso y los peatones saltaban como conejos en la campiña. Yo era el dueño del asfalto en la noche. Conduciendo, jamás había experimentado una sensación semejante.

—¡Que te pasas de velocidad! —me advirtió Napoleón—. Doménico no conducía tan aprisa.

La protesta de Napoleón me entró por un oído y me salió por el otro, que es lo mismo que no oírlo; quizá la culpa la tenía la sirena.

Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu...

—Oye, Napoleón...

—¿Qué? —preguntó. Se notaba que tenía un nudo en la garganta.

—Se debe ver bonita desde afuera, relampagueando en la noche, ¿eh?

—¿Seguro que sabes lo que haces?

—Claro, hacerle un favor a un amigo.

Sorteeé hasta a un coche de la policía que nos dejó pasar, aquello ya era demasié. No me había sucedido nunca antes y no nos persiguieron. De pronto, un atasco, un maldito atasco... Yo seguía con la sirena puesta; sin embargo, los coches no podían apartarse.

—¡Agárrate, Napoleón!

—¿Qué vas a hacer?

—No te preocupes, seguro que terminaremos en un hospital.

—¡Nooo!

La ambulancia iba bien de suspensión. Subí a la acera y ululando, destellando luces por todas partes, recorrí unos cien metros. Todos me dejaban paso.

Alguien trató de mirar por los cristales para ver qué clase de herido llevábamos. Después, saltamos a un cruce de calles que para nosotros estaba en rojo.

Escuché un ruido extraño. Creí que ya nos habíamos «besado» con alguien, pero no, era un extraño gorgoteo que hacía Napoleón. Por lo visto, la nuez se le había atravesado en la garganta y espumeaba algo. Aparté mi diestra del volante y le di un golpe de Karate en el plexo

solar. No fue un golpe para matar, eso estaba claro; fue simplemente un golpe seco y Napoleón comenzó a hipar.

Llegamos a la Rué Vaugirard; el número apenas se veía.

—Oye, tú que eres el listo, sube al quinto piso. Se llama Marguerite Avant. entérate de lo que ocurre y luego bajas a buscar la camilla. Tú sabrás, eres el listo en esto de llevar enfermos.

—Le contaré a Doménico que estás loco. —Cuando iba a dar un portazo antes de alejarse, se volvió hacia mí de nuevo con actitud que se notaba agresiva y me dijo—: Cuando llevemos al paciente, ten más cuidado, no viene de unos segundos.

Me encogí de hombros y le di a la radio, puse una emisora musical.

Algunas personas me observaban. No es que vinieran a admirarme a mí, debía moverlas el «morbo», la necesidad de ver cómo alguien se desangraba o algo así.

Por lo general somos un poco bestias y vamos al cine para ver cómo a alguien le abren la cabeza, le saltan los ojos o violan a una chica, por eso pagamos unos francos.

Ver a alguien tendido en una camilla es gratis, si sucede en la calle, claro que la hipocresía social obliga a decir: «Po-brecito, pobrecito, qué grave debe estar.» Después, miran por debajo de la camilla, a ver si gotea la sangre.

Vi aparecer a Napoleón. A su lado llevaba a alguien, lo cogía como podía y yo me dije:

«Nos hemos ahorrado el numerito de la camilla.»

Abandoné mi asiento y abrí la puerta posterior.

—Si llega a coger un taxi, le hubiera resultado más barato —le dije, con una sinceridad aplastante.

La mujer que estaba medio cubierta por un velo, se desmoronó. Se hubiera caído al suelo de no sostenerla Napoleón.

—Anda, ayúdame a tenderla en la camilla —me pidió—. Está mal, yo creí que se sentía mejor.

—¿Viene algún acompañante?

—No, se encontrarán con nosotros en el hospital.

—¿Y el pago? Ya sabes que Doménico necesita el dinero para curarse la hepatitis.

—Me han dado mil francos. Eso cubre de sobras el servicio, hasta podemos darle un paseo por los Campos Elíseos.

—Eso, y hacer el recorrido por París la Nuit... ¡No te fastidia!

Dejamos a la mujer tendida en la camilla. Napoleón, que era el experto en aquel trabajo, la sujetó con correas y yo, por primera vez, me di cuenta de que era muy hermosa.

—Uauh, vaya ejemplar. ¿Qué es lo que le pasa?

—No lo sé, no soy médico. Parece que se ha tragado algo que no le ha

sentado bien.

—¿Intento de suicidio?

—Lo ignoro. Vamos, vamos al hospital Saint Joseph. a urgencias.

—De acuerdo. ¿No habrá que hacerle un masaje mientras tanto? Yo tengo dedos expertos para estas cosas.

—Tus dedos hacen falta para conducir —gruñó Napoleón, algo irritado. Era como si su olfato profesional presintiera algo desagradable.

—Oye, ¿y por qué no conduces tú?

—Porque no tengo carnet.

—¿Seguro?

—Sí, me lo quitaron.

—Harías un buen «pastel».

—Tuve mala suerte, eso fue todo.

—¿A cuántos te cargaste? En una ocasión, por la tele, vi un choque en cadena en el que se arrugaron sesenta coches. No serías tú el responsable, ¿verdad?

—Vete a la mierda.

—Bueno, esto comienza a funcionar bien.

De nuevo, solté la sirena.

Uuuuuuaaaaauuuuuu....

Así sí se podía conducir por París. Sorteaba a los coches con una suavidad de guante de gamuza. Creo que Napoleón cerraba los ojos detrás de los cristales, pero la ambulancia pasaba y pasaba, apenas reduciendo velocidad.

Debía admitir que tenía una excelente puesta a punto, el motor funcionaba de maravilla.

Vi un semáforo rojo frente a mí. A Napoleón no debió parecerle suficiente con cerrar los ojos detrás de las gafas, pues puso sus manos delante de los cristales, quizá fuera una medida instintiva de precaución.

Pisé el acelerador sin dejar de hacer sonar la sirena. Había visto a un motorista de la gendarmería, el cual arrancó hacia mí por delante de los coches detenidos y me preguntó:

—¿Es grave?

—Gravísimo. Se nos muere si no llegamos a tiempo.

—En ese caso, sígame.

Se puso delante de mí y ya fuimos dos con el «uuuuuaaaaauuuuuu».

A Napoleón pareció tranquilizarle que lleváramos al motorista abriéndonos paso.

Reconozco que fue divertido mi primer paseo, con las sirenas metidas en la cabeza. Al fin, llegamos a «urgencias» del hospital.

Abrimos la portezuela y comenzamos a sacar la camilla cuando se

abrían las puertas del hospital para recibirnos. El agente observaba atentamente. Allí, el único que parecía un «pegote» era yo, porque los demás todos iban de uniforme. El policía, de policía; las enfermeras, de enfermeras; los camilleros, de camilleros y el médico, claro, de médico. Ya sé que parece que esté soltando perogrulladas, pero yo ¿de qué cono iba?

—Lo siento, habéis llegado tarde, ha muerto —dijo el médico.

Miré a la mujer atada a la camilla. Había sido muy hermosa, pero estaba blancoazulada. Una lástima, una verdadera lástima. Con una mujer así, yo me habría sentido feliz aunque sólo fuera durante cinco minutos. ¿Qué le habría pasado? Miré a Napoleón y éste, rehuendo mis ojos, volvió la cabeza.

El agente, que acababa de oír las palabras del médico, carraspeó y se nos acercó más. El asunto semejó interesarle.

—¿Cuánto hace que ha muerto? —preguntó el médico.

—¿Y nosotros qué sabemos? —exclamé.

Napoleón aclaró:

—En la ambulancia la llavábamos viva.

—La meteremos dentro por si hubiera posibilidades de hacerla reaccionar, pero si ha muerto hace más de cuatro minutos...

La llevamos en volandas. Le abrieron las ropas con unas tijeras que producían terror, la dejaron desnuda y le aplicaron un electroshock localizado en el pecho, a la altura del corazón, mientras las enfermeras y dos enfermeros sujetaban el cuerpo.

Qué pechos. Dios... ¿Por qué moría una mujer como aquélla?

Repitieron la experiencia varias veces. Después, conectaron en su cabeza un electroencefalógrafo que, desgraciada mente, dio una señal plana.

—Eh, usted —me interpeló en agente de policía.

-¿Yo?

—Sí, usted, ¿cómo se llama?

CAPITULO II

He de admitir que la policía me molestó poco. Hice mi declaración sobre lo ocurrido y sólo vi al comisario Lambois apenas unos minutos. A mi compañero Napoleón sí lo interrogaron más. Lo dejé en comisaría y fui a ver a Doménico que seguía tan amarillo como el día antes, pero un médico estaba a su lado.

—Aunque no le guste, tendrá que internarse en el hospital. Hay que hacerle análisis y mantenerlo en observación.

—Yo mismo lo llevaré —me ofrecí.

—¡No. no quiero que me ingresen en el hospital!

El médico, con gesto de cansancio, insistió.

—Te aconsejo que entres en el hospital por tu propio pie. yo te

arreglaré los papeles, porque si me obligas a internarte oficialmente, te costará más salir.

—¿Has oído. Pierre? Esto es como el chantaje, a mí no me gustan los hospitales.

—¿Es que le gustan a alguien? —respondí—. Sin embargo, tú te ganas el dinero metiendo a tu prójimo en esos antros que consideras un infierno y en los que no deseas entrar.

—¿Vas a conseguir que me recuerde la conciencia.

—Haga los papeles —pedí al médico—. Yo me encargo de meterlo en el hospital.

—De acuerdo. Habrá que desinfectar a fondo esta habitación.

—¿Tan grave estoy? —se asustó Doménico.

—Tu hepatitis es vírica y contagiosa. Vas a tener que explicar dónde te la pegaron.

—¿No será que he comido algo contaminado?

—No, lo tuyo es vírico. Una mala transfusión de sangre, una inyección de droga con agujas ya usadas y no desinfectadas; o que te has ido de putas y tienes alguna herida a la que no has dado importancia.

—¿Herida, dónde?

—En la boca, las encías, los labios, o quizá en el glande.

—¿En el glande? —exclamó, asustado.

El médico volvió sobre sus pasos. Levantó la ropa de la cama y ordenó:

—¡Abajo los calzoncillos!

—¡Nooo!

—Abajo o te empaqueto.

Resignado y más amarillo que antes, Doménico se dejó examinar. Al poco, el galeno gruñía:

—Eso te ha pasado por ir de putas, casi seguro. Tendrás que decir en qué burdel ha sido y con qué fulana.

Doménico se puso a gemir, se sentía el ser más estúpido de la creación. Había escapado a la sífilis y a la gonorrea, pero se había metido de cabeza en una hepatitis...

Gertrude, la mujer que vivía con Doménico, se encargó de desinfectarlo todo, mientras yo lo llevaba en la ambulancia. Doménico seguía lamentándose.

—Mi negocio, mi negocio se hunde... No me dejarán llevar la ambulancia en mucho tiempo.

—Vamos, vamos, ¿no te estoy echando una mano?

—Todo va mal, empiezas con un servicio gafe.

—Pobre mujer. Por lo visto, vivía sola en su apartamento.

—A mí me llamó un hombre.

—Napoleón dice que se la entregó un tipo del que casi no recuerda

nada; se la dio ya moribunda.

—Espero que la policía entienda que Napoleón no ve muy bien, demasiado miope para ser un buen fisnomista.

—Eso me pareció a mí. ¿Por qué le quitaron el carnet de conducir?

—Su miopía es progresiva. ¡Eh, tú, no corras tanto...'

—Bah, ni siquiera llevo la sirena puesta.

—Retrasa todo lo que puedas mi internamiento en el hospital.

—De acuerdo, jefe. ¿Por qué dices que le retiraron el carnet de conducir?

—Fue el causante de un accidente múltiple y murió un anciano. Revisaron médicamente a Napoleón y determinaron que por su falta de visión no podía conducir.

—Comprendo. ¿Y qué crees que habrá pasado con esa mujer?

—No sé, puede ser suicidio o accidente.

Metí a Doménico en el hospital, todavía recuerdo como agitaba su mano despidiéndose de mí.

Hay tres tipos de vehículos de servicio público que merodean en torno a los hospitales: las ambulancias para trasladar a los enfermos, los taxis para liberar a los que tienen suerte, y los furgones de entierro para los que la tienen mala. Doménico debía tener la impresión de que era de los tipos con mala suerte en la vida. Lo aislaron en el departamento de infecciosos.

El trabajo de la ambulancia iba a quedar mermado si alguien no estaba al pie del teléfono recogiendo llamadas. Ahora, sólo cabía esperar una petición, atender el servicio y regresar junto al teléfono para esperar otro encargo, salvo que lleváramos a alguien que se ocupara de los recados.

Metí la ambulancia en el pequeño garaje y decidí esperar a que la habitación de Doménico estuviera bien desinfectada y pasara la revisión sanitaria correspondiente.

Corríamos el riesgo de que precintaran la ambulancia por unos días y decidí llamar yo mismo al servicio de desinfección oficial para que la dejaran limpia y aséptica, dispuesta para ser usada de nuevo.

Preparé mi potente motocicleta de mil centímetros cúbicos y cuando me iba a marchar, Napoleón apareció ante mí.

Tenía un aspecto como de anémico y por su escasez de labios, parecía estar sonriendo siempre.

—¿Cómo está todo? —me preguntó.

—Doménico está en el hospital. Por un par de días más o menos tienes fiesta.

—¿Le ha ocurrido algo a la ambulancia?

—Hay que desinfectarla. Pasarán los de sanidad a dar un vistazo y es mejor que no pongamos obstáculos. Por cierto, ¿cómo te ha ido con la

policía?

—Green que soy idiota —confesó.

—¿Y tú qué opinas?

—Pues, que no soy idiota.

—Bueno, bueno, eso ya lo sé. Anda, sube atrás, te llevo a tomar unos bocatas con cerveza. Aunque el porvenir se ponga negro, no hay que dejar de comer. ¡Arriba!

Puse la moto en marcha. Napoleón se aposentó a horca jadas tras de mí y salimos al asfalto.

Tuve la impresión de que Napoleón se reía muy cerca de mi oreja derecha, y no quise preguntarle por qué. Lo llevé al selfservice que yo solía frecuentar en Montmartre. Saludé a unos amigos, pusimos nuestros bocatas en bandejas, cogimos unas cervezas y tomamos asiento.

—Todavía no me has contado qué te ha dicho la policía.

—He oído algo de asesinato.

Se me atragantó el primer bocado.

—¿Asesinato, estás seguro?

—Lo comentaban entre los policías, pero no lo sé de cierto. Tendremos que leerlo en los periódicos cuando tengan los resultados.

—Vaya, asesinato... ¿Y de qué forma?

—Yo no le vi sangre.

—Pero a ti, ¿qué te dijo el tipo que te la entregó?

—Que se había tomado un medicamento por equivocación. Que la llevara corriendo al hospital, que él se reuniría allí con ella.

—¿Y no te pareció sospechoso?

—¿Sospechoso? Cuando te entregan a una mujer que está muy mal, cuando te la ponen en los brazos y te dicen que si no vas aprisa se muere, ¿qué vas a hacer tú. dejarla morir?

—No. claro —acepté.

Le di un par de palmadas en la espalda y acabó de tragarse el bocado que se le había quedado cruzado en la garganta.

—Anda, bebe un poco de cerveza, te limpiará las tuberías.

—Yo no me acuerdo de cómo era ese hombre, no me acuerdo.

—No lo viste bien, ¿verdad?

—Había poca luz. Me dio el dinero y me metió a toda prisa en el ascensor. Ella aún se sostenía.

—Y la mujer, ¿dijo algo?

—Me preguntas lo mismo que la policía.

—Pero, cono, ¿dijo algo o no? —insistí.

—No. no habló. Me miró mucho, como si yo fuera ma-dame la Mort. pero no dijo nada. Yo. esa expresión la he visto en muchas ocasiones. ¿Es que no te das cuenta de que soy ambulancista camillero?

—Sí, claro; ¿Qué más sabes de ella?

—Pues, que en el apartamento no vivía ningún hombre.

—Eso ya lo sé.

—Era divorciada.

—¿Y no sabes nada más?

—No. yo sólo la recogí, la metí en la ambulancia contigo, la trasladamos al hospital y apareció muerta.

Observé su mano que tomaba el vaso para beber, la vi temblar ligeramente. Busqué sus ojos en el fondo de aquellos cristales que parecían llenos de brillantes círculos y vi algo que me hizo preguntarle como un disparo a boca de jarro:

—Napoleón, tú te callas algo.

Terminó de tragarse la cerveza y dio sobre la mesa un golpe de ira. Enrojeció y con una tartamudez que yo desconocía aún. me replicó:

— ¡Vete a la mierda! —Y me dejó solo.

Ahora estaba seguro de que aquel servicio de ambulancia no había sido un servicio simple, un servicio más, y a partir de aquel momento, ¿qué podía ocurrir si yo metía las narices en aquella movida?

—¡Pierre!

Me volví ante la interpelación, la voz femenina había sonado a mi espalda.

—Por los diablos de Notre Dame, vaya bombón... ¿Quién eres tú, guapa?

Unos ojos grandes, verdes, felinos y seductores, estaban clavados en mí, sí, en mí, y de pronto me pregunté si aquél iba a convertirse en mi día de suerte.

CAPITULO III

Silvy era hermana de un compañero de milicia. Yo la había conocido delgaducha, sin formas, con expresión tímida, poca cosa. No se adivinaba lo que iba a ser en el futuro, un futuro que para ella ya había llegado.

Me contó que estudiaba periodismo y que su ilusión era trabajar en «Le Monde», pero que si le salía alguna gaceta en provincias para comenzar, sería práctica y cogería lo que le ofrecieran.

«Nones». Sí. te lo cuento en confianza. Cuando le propuse a Silvy que viniera a mi apartamento, que le mostraría mi colección de cajas de cerillas, me respondió: «Nones».

Yo insistí, no por quedar bien, sino porque se me hacía la boca agua al mirarla. Silvy sonreía por fuera y se reía de mí por dentro. Debió tener la sensación de que ella era un pastel muy apetitoso y yo. un niño hambriento.

Mi colección de cajas de cerillas llegaba hasta cuatro unidades. No es que fuera mucho, eran las cuatro últimas cajas que había comprado y

que posiblemente no tardaría mucho en tirarlas a la papelería para comprar otras.

Confieso que no tengo afición a coleccionar nada, pero no podía decirle a Silvy que si venía a mi apartamento le enseñaría aquello que yo tenía ganas de exhibir...

Quedamos muy amigos y para vernos muy pronto, cuando yo la llamara por teléfono y ella estuviera libre. Creo que tenía que examinarse de algo, no sé de qué. A mí, lo que me importaba era ella y a Silvy debía importarle mostrarme algo más de sí misma que su cuerpo que, por otra parte, parecía sensacional.

Pasé por la casa de Doménico.

Gertrude, su mujer (es un decir, claro, porque Doménico no estaba casado con ella, la utilizaba cuando le interesaba además de tenerla como sirvienta), había comenzado la desinfección y lo cierto es que era un poco bruta.

No sé dónde los consiguió, pero se hizo con varios frascos de ácido, me refiero a ácido puro, vitriolo, de eso que te cae una gota y te hace un aguejero en la piel. Debía tener alguna amiga bruja o le limpiaba la casa a algún químico con fabri-quita propia.

El caso es que provocó una humareda dentro de la casa que hizo que los vecinos llamaran a la gendarmería. Les contó a los agentes el asunto de la drástica limpieza porque se había llevado a Doménico al departamento de infecciosos del hospital.

Los gendarmes aceptaron sus explicaciones, exigiendo una rápida ventilación de la casa y del taller. Allí, tosíamos todos y yo lloraba como una cuarentona frustrada que no ha podido tener niños y ve un telefilme lacrimógeno en el que sale un bebé que dice «mamá, mamá» y a la mamá se la llevan a no sé qué emigración en un barco o en un tren borreguero.

La brutal limpieza de la ropa hecha en la bañera tuvo su fin haciendo correr el agua en abundancia para disolver el ácido. Al fin, apareció la ropa de la cama y el resto de prendas que la infeliz mujer había lavado. Bueno, tuve que cogerla por los hombros y la espalda para contener sus sollozos. Ya no lloraba por la humareda: la ropa tenía agujeros que cabían los puños y trozos negros, quemada por todas partes. En aquel baño no hubiera resistido ni un elefante con su epidermis paquidérmica; también se cargó el desagüe.

La dejé y fui en busca de la ambulancia. Después supe que había mezclado ácidos. Por lo visto, no sólo había utilizado vitriolo puro, debía haberle parecido poco. Teniendo en cuenta que la ambulancia estaba hecha con plancha protegida con pintura, temía que la hubiera pulverizado también con su mezcla corrosiva y perforante, pero no fue así. Abrí las portezuelas posteriores y la miré, empezando a tomarle afecto. De pronto, descubrí algo que me llamó la atención.

Aquel objeto brillaba, pero estaba en un canto, medio hundido en la moqueta, había pasado desapercibido con facilidad.

Lo saqué de donde estaba y me encontré con una llave, pequeña pero muy sofisticada, era la llave de una cerradura de alta seguridad. La sostuve entre mis dedos y la examiné con atención.

Aquella llave tenía algo que la singularizaba, que la hacía muy personal, y ello era que habían limado su marca y la numeración. Eso sólo podía significar que su propietaria no deseaba que la llave fuera identificada si se le extraviaba o simplemente se la robaban.

Era obvio que una marca, una numeración, delataba a qué lugar correspondía una llave.

Si alguien la encontraba, sólo tenía que dirigirse a la cerra dura pertinente, introducir la llave y abrir, y todo lo que estuviera detrás de aquella cerradura quedaría a su alcance.

Me pregunté desde cuándo estaría aquella llave.

Como nadie iba a darme una respuesta, metí la llave en uno de mis bolsillos y abandoné la ambulancia a la espera de la desinfección oficial. Tenía la impresión de que el negocio de Doménico se estaba hundiendo.

No quise quedarme junto al teléfono para responder a los posibles usuarios que la ambulancia no iba a prestar sus servicios durante un par de días por avería técnica; tampoco se podía decir que su propietario estaba internado en la sección de infecciosos.

Salí a rodar con mi poderosa motocicleta, no tenía un lugar concreto adonde dirigirme.

Pensé en Silvy y en sus ojos seductores, casi alucinantes. Pensé también en Napoleón; aquel camillero no me simpatizaba, pero lo aguantaría durante un tiempo para ayudar a Doménico.

No me di cuenta y ya rodaba por la rué Vaugirard, mi subconsciente parecía conducirme a aquel lugar. Aminoré la marcha. No vi ningún coche policial, el lugar parecía tranquilo.

Rodé junto a los coches estacionados junto a la acera y me llamó la atención un Porsche gris perla que era una maravilla. Rodeé la manzana y subí a la acera. Paré la moto y seguí a pie con cierto disimulo hasta la portería donde habíamos recogido a la infortunada Marguerite Avant.

Me daba cuenta de que me estaba metiendo en problemas, pero ¿qué era la vida sin problemas?

—En, joven, ¿adonde va? —me preguntó un portero.

—Voy a ver a Marguerite Avant.

—¿Para qué?

—Es para un cobro.

—Pues lo siento.

—¿Por qué?

—No está.

—¿Se ha ido? —inquirí—. Pues mi patrón se va a acordar de su madre si no le paga.

—¿Sube mucho la factura?

—No, mil setecientos francos, poca cosa.

—Eso es mucho dinero. De todos modos, puede ir arriba, pero se encontrará con la policía.

Saqué un cigarrillo y le tendí otro al portero que aceptó.

—¿Se ha metido en líos esa fulana? —preguntó con aire inocente.

—Ha muerto, debió tomar algo que le sentó mal.

—Pues yo no subo si la poli está en el piso. Ya le diré a mi patrón que se las arregle de otra manera.

No era cuestión de entrometerse con la policía, podía salir trasquilado. Nunca se sabe con qué le pueden empaquetar a uno.

Me alejé junto a los coches.

Mi instinto me había conducido hasta aquel lugar y debía ser por algo. ¿Tú crees en el destino? A veces, el destino nos lleva a alguna parte determinada para resolver un problema, para evitar un crimen o accidente, o simplemente el destino nos lleva contra un muro de hormigón para que nos demos el gran tortazo.

Yo no conocía aún mi destino, pero sabía que estaba allí por algo.

La llave, que apenas pesaría unos gramos, semejaba pesar kilos en mi bolsillo. Me detuve, la saqué de mi bolsillo y la retuve en la palma de mi mano.

No era una llave corriente. Miré la cerradura del coche que había a mi lado, un modelo de serie vulgar. La llave que yo tenía no le correspondía, parecía absurdo pensar que aquella llave pudiera introducirse en tal cerradura.

Yo me decía que una cerradura buena tenía que corresponder a algo también bueno, de calidad. Podía pertenecer a una puerta blindada con cerradura sofisticada, a una caja de caudales personal y también a un coche de lujo, provisto de cerraduras antirrobo de alta seguridad.

Clavé mis ojos en el Porsche gris perla qué estaba como a diez pasos de mí. No era normal que un coche como aquél estuviera en la calle. Tenía algo de polvo sobre el cristal posterior y el parabrisas.

Examiné la cerradura de la portezuela, no era exactamente como otras. Tuve una corazonada y moví la llave, como dudando un instante.

La introduje en la cerradura y la moví con gran suavidad. La puerta se abrió y tuve más sensación de alegría que de sorpresa.

Cerré la portezuela tras acomodarme frente al volante.

He de admitir que jamás había estado al volante de una máquina como aquélla. Era un coche deportivo pero elegante a la vez, un coche

de alto standing, de un nivel de vida que no era el mío.

Utilizando siempre la misma llave, la introduje en el con tacto, le di media vuelta y sentí el ronronear del motor. Funcionaba de maravilla. No lo dudé, aunque algo en mi sesera me advertía que si la policía me cazaba dentro de aquel coche iba a tener que dar demasiadas explicaciones y nadie me libraría de pasar un tiempo en «chirona».

Abandoné el estacionamiento y me sumergí en el tráfico, conduciendo con cuidado para no llamar la atención de ningún gendarme.

El depósito no estaba mal de carburante, aunque el motor de aquel coche tragaba como un loco con manía de gula.

En aquellos momentos me hubiera gustado verme en el circuito de Le Mans para ver qué tal respondía aquella máquina puesta al límite de sus posibilidades y también, por supuesto, comprobar qué tal podía manejarla yo.

Me dirigí al Bois de Boulogne como si quisierairme de putas pero de las de encorchar, o sea, de las baratas. En realidad, buscaba un lugar apartado para detener aquel coche y registrarlo con cautela, sin dejar huellas en parte alguna.

Después de todo, yo no iba a robarlo, sólo me daría un paseo con él y luego lo devolvería. Sabía que, pese a mi intención de no «robar», me estaba jugando la libertad física y no tenía ninguna atracción sobre mí verme entre rejas.

Yo no era un ladrón de coches y tampoco pretendía ligar con aquel Porsche, era algo más. Yo estaba seguro de que aquel vehículo tenía que ver con Marguerite. ¿La llave era de ella? ¿Sabría ya la policía que el coche le pertenecía? ¿Por qué no estaba en un garaje?

El edificio de apartamentos no era nuevo y por tanto, carecía de garaje subterráneo, pero a un coches como aquél se le buscaba acomodo y techo en alguna parte y no lejos de la casa de Marguerite debía haber algún garaje donde ella encerrara su coche, si es que efectivamente aquel vehículo era suyo y yo no estaba soñando.

Encontré un lugar discreto entre los árboles y detuve el Porsche. Iba a comenzar a registrarlo pero me contuve, antes debía templar mis nervios, no podía cometer torpezas. Marguerite Avant había muerto y, según las palabras de Ñapo león, había sido asesinada. Sólo faltaba que me colgaran a mí el muerto; en este caso, la muerta.

No quería dejar mis huellas en aquel auto porque estaba seguro de que tarde o temprano quedaría en manos de la policía. Tenía que comprobar si aquel coche había pertenecido a Marguerite, la bella desconocida asesinada.

Con mucho cuidado ya que carecía de guantes, utilizando los cantos de las uñas o el dorso de los dedos, abrí la guan tera donde encontré una pequeña pero efectiva pistola auto mática. Era un arma de lujo,

una Lignosse, quizás algo antigua y sólo efectiva a corta distancia, idónea para la defensa personal. Estaba niquelada, brillaba mucho.

Aquella pistolita de seis cartuchos, con menos de medio kilo de peso, era buena para llevarla en el bolsillo o dentro de un bolso de mujer.

«¿Habrán asesinado a alguien con ella?»

Me formulé aquella pregunta porque sabía que era muy peligroso quedarse con una pistola desconocida. Si la policía te pescaba con ella encima y luego, por comprobación de balística, resultaba que con la pistola de marras habían asesinado a alguien, quedabas «empaquetado», «empapelado» y también «enrejado».

La cogí de modo que no quedaran en ella mis huellas digitales y seguí buscando. Allí no había ninguna agenda ni billetera, pero sí encontré una cartulina. Aquel coche había pasado por un taller para una revisión rutinaria y allí constaba la matrícula y un nombre: «RENE ORBIE.»

—Ya tengo algo —exclamé.

El dueño del coche debía ser el tal Rene Orbié. Seguí le yendo la cartulina y hasta encontré un número de teléfono. Bendije al empleado del taller mecánico que había sido tan riguroso con los detalles.

Con la misma llave abrí el maletero, no tenía mucha con fianza en descubrir nada especial.

Te lo confieso, palabra, me llevé un sobresalto al verlo. Estaba encarado conmigo y me miraba con sus ojos oscuros, muy brillantes.

—Diablos, ¿qué haces aquí? —gruñí.

Por respuesta no obtuve un ladrido como cabía esperar. El perro era un pequinés algo más pequeño de lo normal en su especie, color canela y con cara de mala leche. Siempre he pensado que los pequineses tienen cara de mala leche, hocico ennegrecido, pelos cubriendo la cara, orejas muy peludas... En fin, un perrito de esos que cuando vas a besar a una chica te muerden la pernera del pantalón, o que cuando llegas a la casa de tu amante que está casada te arma la escandalera. Sin embargo, aquel chucho no ladraba ni parpadeaba.

Acerqué la mano y no me mordió. Acaricié su piel y deduje que no era de peluche, sino un perrito disecado.

Lo aparté con las manos y seguí registrando el maletero. No hallé nada especial, allí no había ninguna maleta ni neceser.

Esperaba descubrir algo más interesante, pero tampoco podía quejarme. Tenía un nombre y un número de teléfono, el coche mismo y la llave para conducirlo. Ah, se me olvidaba, también tenía una pequeña pistola automática.

Cerré el coche y me puse al volante. Estaba corriendo el riesgo de cogerle «gusto» a aquella hermosa máquina rodante de alto precio, un

automóvil que con mi ridícula economía jamás podría comprarme, salvo que tuviera un golpe de fortuna.

Un auto como aquél podía resultar tan llamativo como una ambulancia, por lo que decidí buscar un lugar para esconderlo, un lugar que no me comprometiera.

No era de Marguerite Avant como supusiera en principio, sino del tal Rene Orbié. y también poseía la dirección del taller en que había sido revisado el coche y cambiados sus «humores».

Metí el Porsche en un parking público en el centro de París, no lejos de la Opera, un lugar con mucho movimiento.

Me llevé el tiquet y me dije que, mientras tanto, buscaría un sitio más discreto para esconderlo, aunque corría el riesgo de que su propietario, el tal Rene Orbié hubiera denunciado su desaparición y si la policía me esperaba junto al coche cuando regresara a por él, pronto me vería en la prisión de la Santé.

Tenía prisa por ponerme en contacto.

Una voz áspera de hombre respondió al teléfono.

-¿Diga?

—¿Está Rene?

—¿Rene?

Algo molesto por aquel antipático tono de voz, repliqué:

—Rene Orbié. ¿quién va a ser?

—No está, llame más tarde.

—¿Cuándo más tarde?

No hubo respuesta, el tipo de la voz desagradable acababa de colgar.

Quedé molesto. Tenía el día libre. La ambulancia no estaría dispuesta para ser utilizada hasta que la revisara el departamento de sanidad. Por otra parte, ninguna llamada sería atendida por teléfono.

Mientras Doménico permaneciera en el hospital, tendría que haber alguien al pie del teléfono, por ejemplo la mujeru-ca que se había «cargado» toda la ropa por exceso de desinfección utilizando vitriolo.

Encontrar a Rene Orbié podía ser fácil o muy difícil. De momento, ya me había topado con un filtraje que parecía atascado.

—Maldita sea —me dije—. He de encontrar a ese tipo antes de que se me esconda.

Tomé un taxi que me llevó hasta la rué Vaugirard, la calle donde estaba el apartamento de la asesinada Marguerite y donde yo tenía mi motocicleta.

Monté a horcajadas sobre mi máquina y salí dándole gas. Por supuesto, mi moto no era el Porsche deportivo y de lujo del tal Rene Orbié, pero rodaba muy rápida y tenía una gran cilindrada. Puestos a correr, ya veríamos quién daba más guerra por las calles de París.

Tenía una dirección adonde ir. De conductor de ambulancias, estaba

pasando a detective privado, eso era casi lo mismo que rodar a doscientos por hora por una mala carretera. Corría mucho riesgo de darme el gran tortazo, entre otras cosas porque si el tipo de marras no me pegaba tres tiros, me atraparía la policía y me haría muchas preguntas que yo no podría contestar, y si no las respondía, no haría más que recibir patadas en los cojones y yo sabía muy bien que sólo tenía dos para toda la vida, porque mi fe en los trasplantes no llegaba muy lejos.

Como había supuesto, el taller que había revisado el Porsche era un centro para coches de lujo.

Allí no podían entrar los coches pequeños, ni siquiera los que pertenecían a quienes allí trabajaban, como si pudieran contagiar su baja categoría a los «poderosos».

Penetré en la oficina de recepción y me encontré con una chica fenómeno.

Los grandes ojos azul oscuro de aquella rubia que imaginé teñida o mejor, decolorida, se centraron en mí. Y tuve la impresión de que no le caía nada mal.

Soy alto, estoy más cerca del metro noventa que del metro ochenta. Doy impresión de delgadez, pero tengo las espaldas anchas y algunas mujeres se fijan mucho en la unión de mis piernas, no sé si será porque uso pantalones ajustados y no es fácil ocultar el abultamiento correspondiente. Bueno, no sigo porque se me tacharía de machista, aunque lo cierto es que me he topado con más mujeres machistas de lo que cabría suponer, cuando muchas de ellas incluso alardeaban de feministas.

—¿Qué buscas? —me preguntó.

Admito que no tengo aspecto de ser propietario de un Porsche, o quizás ande equivocado.

—Tengo que devolver un perrito —dije.

—¿Un perrito?

Me miró sorprendida y luego sonrió, mostrándome una doble hilera cié perfectos dientes que supuse sabrían mordisquearle a uno con sensualidad.

—Sí, es de Rene Orbié.

—¿Un perrito de Rene Orbié? No entiendo nada.

—El perrito es suyo, me lo ha entregado la peluquera.

—Sigo sin entender.

Acodado sobre el mostrador, me acerqué más a aquella fémina que olía muy bien. Sus labios no estaban muy lejos y, la verdad, me intrigaban y apetecía conocer su sabor.

—El lo dejó en la peluquería canina. Es lo que siempre ocurre; cuando la verdad está más clara, más difícil resulta contarla y le toman a uno

por loco.

—Pues, empieza desde el principio y a lo mejor lo entiendo —sonrió ella, y yo intuí que algo provocativamente.

—Esos tipos que llevan los coches que deberían llevar los que son como yo, tienen caprichos que regalan a sus putitas. ¿Me sigues?

—Sí, claro, caprichos que regalan a sus putitas —repitió.

Creí que era el momento de hacer una intentona. Acerqué mis labios a los suyos y pude saber que el pintalabios que ella usaba tenía sabor a frambuesa.

—Uy, vas muy aprisa —me reprochó con una sonrisa.

Estaba claro que aquél era un buen día para hacer el amor, o podía resultar que la chica (que mediría más del metro setenta) tenía sus momentos de debilidad, y cuando una mujer está en esos momentos, si el hombre no sabe aprovecharlos es que es tonto o maricón, opinión con la que no pretendo molestar a nadie, entre otras cosas porque a los maricones no ha de interesarles lo que no es de su gusto.

—¿Las llevas negras?

—¿El qué?

—Las braguitas.

—¿Tan interesado estás en averiguarlo?

—Es que además de otras cosas, soy un poco fetichista y hay cosas que me excitan una barbaridad.

Ella se rió, la tomaba como un juego, un juego que le interesaba. Noté cierto calorcillo en sus mejillas. Sí, sé que es difícil advertir ese calor en un rostro sin llegar a tocarlo, pero se ve, se nota porque sube un poquito el color de la piel y cuando las mejillas y la boca de una mujer se calientan, algo más debe calentarse, digo yo.

—Pero tú, ¿a qué has venido aquí, a ligarme? ¿De qué nos conocemos?

—He venido para poder devolver su perrito a Rene Orbié, un tipo que tiene un Porsche gris perla matrícula número... —Le di la matrícula y añadí—: Pero está visto que aquí hay otras cosas que pueden interesarme.

—¿Sólo pueden? —preguntó ella.

—Quita el «pueden» y me quedo con que me interesan.

—Lo siento. —Puso cara hipócritamente compungida.

—¿Qué sucede, ya tienes hombre?

—No puedo facilitar información.

—¿Y si luego te llamo? La verdad es que estoy tratando de no perder más tiempo con el cuento del perrito. Además, hasta que no se lo devuelva a su propietario no va a comer, pobrecito. Si te llamo luego...

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Para lo que tú imaginas que yo deseo de ti.

—No sé si hago bien. Voy a ver.

Consultó su registro y me dio la dirección y el teléfono. El número, por supuesto, coincidía con el que yo ya tenía.

Tomé nota y le di otro beso a la chica cuyo nombre desconocía. En esta ocasión, ella me sujetó la cabeza para que el beso no fuera corto. Aquella recepcionista no era ninguna ingenua, sabía besar, y yo noté que el mostrador que nos separaba era una molestia, especialmente para mí.

—Te llamaré —le dije, cuando ya me marchaba.

A ella le brillaban los ojos como si tuviera algo de fiebre y yo seguía sin saber cómo se llamaba ni a qué número podía telefonarla.

No tardé en meterme en una cafetería. Pedí un café y la guía telefónica por calles. Comencé a buscar y no tardé en encontrar lo que deseaba. El teléfono que yo tenía y la dirección que se me había dado, no correspondían al nombre de Rene Orbié, sino a Lorange Legra A. ¿Qué diablos tendría que ver aquel nombre con el de Rene Orbié, sería acaso su mujer?

Antes de ponerme en contacto con el tal Rene Orbié, decidí seguir investigando por mi cuenta. Pensé que Lorange Legra A., podía ser la esposa.

Volví a subir a mi motocicleta. Pasé por un surtidor de gasolina, llené el depósito y proseguí la marcha. Me dirigí a la rué d'Rosel y allí aminoré la velocidad hasta descubrir el número que buscaba.

No me sorprendió del todo comprobar que el número correspondía a un club nocturno llamado Zodíaco. La cosa se ponía más interesante. Aquel club, bien cerrado de puertas a fuera, debía tener un vigilante en su interior.

Pasé de largo y busqué una cabina. Me tapé la nariz con los dedos y tras marcar el número de teléfono que había conseguido, pregunté:

—Oiga, oiga, ¿es ahí el Zodíaco?

—Sí, ¿qué quiere? —respondió la voz áspera de hombre que yo ya conocía.

—Hago un número de strip-tease super super. ¿Les interesa?

El tipo de la voz áspera quedó pensativo y algo desconcertado.

—Ven por la noche aunque, no sé, tienes una voz de pato que asusta, nena.

—Es que soy de Ohio, Estados Unidos, y me operaron de las adenoides hace poco.

—¿De las qué?

—Las adenoides, guapo; pero después de todo, para hacer strip-tease, no hace falta hablar.

—Sí, claro. Ven a las nueve, aunque no sé...

—¿Por quién pregunto?

—Por monsieur Alain.

—¿Alain ha dicho?

—Oye, no serás una vieja, ¿eh? Porque con esa voz que te gastas.

—¡Oh, no! Hasta luego.

Esta vez colgué yo el teléfono. Iba consiguiendo datos. Ya sólo me hacía falta abrir una oficina con un rótulo que dijera «Detective privado Pierre» y me compraría un archivo o mejor, un computador moderno en el que introduciría los datos que iba acumulando. Bueno, todo era una broma. Aquella investigación la estaba llevando a cabo porque me olía mal, muy mal, el asesinato de Marguerite. Supongo que a la policía también, pero mi tarea debía ser ayudar a Domé-nico con su ambulancia.

Estaba seguro de que me hallaba situado sobre un pavimento construido con ladrillos de goma-2 que podía estallar si oprimía algún resorte que pusiera en marcha el detonador y a mí se me llevaría por delante.

Ya empezaba a tener muchas incógnitas por descifrar. ¿Qué harías tú en mi lugar? ¿Te limitarías a marcar el número de la policía, les contarías cuáles eran tus sospechas y luego te lavarías las manos, o harías como yo? Por supuesto, yo iba a seguir investigando.

La vida ha de tener sus alicientes, aunque yo intuía que iba a batir récords corriendo delante de las balas que me perseguirían cuando el tal Rene Orbié y el otro, su amigüete Lorange Legra A., según rezaba la guía telefónica, se enterasen de que yo estaba tirando de la manta.

Ya tenía un sitio donde meter las narices. Si el tal Rene Orbié tenía que ver con la muerte de Marguerite, no le haría ninguna gracia que yo preguntara por él.

A mi favor estaba que él no sabía quién era yo, ni siquiera debía conocer mi existencia. Eso me daba una cierta libertad de movimientos que estaba dispuesto a aprovechar.

CAPITULO IV

Aquella tarde llamé a Silvy. Lloviznaba ligeramente. La estaba esperando en la plaza de la Vendôme. El monumento de bronce que hacía de eje a la plaza parecía relucir.

A mucha gente no le gustaba aquel monumento construido con la fundición de los cañones de los vencidos. No vayas a preguntarme ahora de qué batalla se trataba. Yo sólo sé que a los republicanos les revienta sólo mirarlo.

El empedrado brillaba. Yo estaba bajo la protección de las arcadas, dando la espalda a la joyería Cartier, una tienda donde yo no podía entrar a comprar un «Rolex», porque no tenía dinero suficiente para semejante marca de reloj.

Silvy vino toda roja, parecía una amapola avanzando por la plaza. Llevaba un paraguas rojo además del impermeable rojo y las botas también rojas. Tuve la impresión de que era como una muñeca que avanzaba hacia mí.

—¿Hace rato que esperas? —preguntó, mostrándome la hilera superior de sus dientes blancos bien formados.

Mi respuesta fue un beso suave que ella no rechazó.

La llevé a una cafetería de la calle Saint-Honoré, no lejos de la carpintería donde solían reunirse los dirigentes de la Revolución de 1789.

Los cristales se enturbiaban a causa del vapor. Aquella

lluvia fina que había comenzado a caer a primera hora de la tarde, era más fría de lo previsible.

El ambiente olía a tabaco, yo olía a mujer. ¿Cuál es el olor a mujer? Bueno, muchos se lo preguntan. Lo han leído en novelas, se describe en versos, se oye en conversaciones. Una mujer desnuda puede oler de una manera y vestida, de otra. Y vestida, aún puede oler de una forma mientras está en sus quehaceres, sin importarle un pimiento el resto del mundo, y de otra cuando va a encontrarse con el que ella considera su hombre. Silvy olía a eso. No era un perfume que tuviera la misión de encubrir otros olores; no era el suave pero embriagador aroma del maquillaje, era... Diablos con lo que era. Ella olía que me subyugaba.

—¿Qué te pasa, Pierre? Me miras como si estuvieras pensando algo extraño.

Solté una breve pero sincera carcajada.

—Siempre estoy pensando algo. ¿Qué quieres tomar?

—Algo caliente y sin alcohol.

—Tomamos té, pues.

Silvy era la chica ideal para que los turistas la fotografiaran cuando ella pasara por delante de la Tour Eiffel, del Louvre o la Conciergerie, o cruzando el Sena por uno de sus históricos y artísticos puentes.

—Te estás calentando los sesos, ¿verdad, Pierre?

—Me dijiste que andabas metida en eso del periodismo.

—Así es.

—Dime... —Vacilé intencionadamente para crear en ella cierto halo de misterio.

—¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Si tú descubrieras una pista que pudiera conducirte a un posible asesino, ya me entiendes, al tipo que mató a alguien, ¿tú la seguirías o se lo contarías todo a la policía?

—¿De veras tienes tú esa pista? —me preguntó, muy interesada.

—No estoy seguro del todo, pero hay muchas posibilidades de que

esté en el buen camino.

—¿Y dices que ha matado a una mujer?

—Es posible.

—Oye, ¿puedo tomar notas? Promete ser un caso interesante.

—¿Prensa amarilla?

—Una noticia explicada en dos líneas no tiene gracia, salvo que alguien diga en ellas que se derrumba la bolsa de París y esté firmada por el presidente del gobierno. Yo opino que si las noticias las cuentas como una historia, interesan más a la gente.

Me bebí el té y pedí un coñac.

—Silvy, tengo la impresión de que me estoy metiendo en un «mogollón» que se me va a caer el pelo si la policía lo descubre conmigo dentro. Además, nadie me ha pedido que meta las narices en este asunto.

—¿Tú conocías a la víctima?

—La vi agonizando, es lo único que sé de ella.

—¿Y al supuesto culpable?

—No sé ni qué cara tiene. Además, puedo estar equivocado.

—Tú lo que quieres es que alguien, como dice en sus novelas Dashiell Hammett, te lleve a la Morgue.

—Podría dar a la policía la información que tengo, pero no hay nada seguro. Además, visceralmente, ardo en deseos de meterme en líos.

Silvy extendió sus manos y cogió las mías, las noté algo frías. Me gustó. Pienso que las mujeres no sólo deben gustarnos en la cama, también ha de gustarnos el contacto de sus manos, un suave beso, una presión del cuerpo, un aliento, una pequeña carcajada. Siivvy tenía todo eso que me gustaba.

—¿Te aburres?

—A veces, sí. Ahora conduzco la ambulancia de un amigo, no sé si te lo he contado.

—Sí, algo me dijiste.

—No es mi profesión. Sólo se trata de un favor que puede durar un mes o quizás algo más. Llevar un vehículo con la sirena a todo meter es divertido.

—Buscas la excitación, ¿eh?

—Quiero sentirme vivo desde que despierto hasta que me duermo. Algunos creen que sentirse vivo es estar todo el día en la cama con una chica.

—¿Y tú no?

—No exactamente. Yo creo que hay que estar una parte del tiempo en la cama con una chica si es que ella comparte la misma opinión, claro, pero todo no es sexo.

—También hay amor.

—Muy bien. Joder en la cama es una cosa; amar en la cama y fuera de ella, es otra cosa.

—Si puedo ayudarte en algo...

—Puede ser, ya te avisaré. ¿Qué te parece si redactamos una carta en la que explico que encontré casualmente una pista y comencé a investigar sin ánimo de lucro y con el único deseo de descubrir a un criminal?

—¿Y qué quieres hacer con esa carta?

—Es por si la policía trata de inculparme y encerrarme. Tú publicas la carta o por lo menos, lo intentas, a ver si me sueltan.

—Creo que no te van a soltar por una carta. Si cometes un delito, habrás de someterte a la justicia y si obstruyes el trabajo de la justicia, vas a tener muchos problemas.

—Yo no sé si obstruyo su labor. La policía tiene la obligación de investigar, y yo puedo investigar por mi cuenta.

—No es tan fácil, Pierre; pero ¿de veras tienes una pista interesante?

—No estoy seguro del todo, pero creo que sí. Oye, ¿qué te parece si seguimos hablando en otra parte? —propuse.

—Tengo prisa, he de irme, pero quiero que me tengas informada sobre lo que vas a hacer.

La paloma roja se me escapó de entre las manos. En aquella ocasión, no le había propuesto ver ninguna colección de cajas de cerillas, había utilizado otro método, pero ella no caía en la encerrona. Se escurría entre mis manos como un pez, como una sirena, y lo cierto era que tenía ganas de acostarme con ella, pero Silvy se lo olía y no cedía a mis propósitos. Tenía que ser más paciente con ella y emplear ternura para conquistarla, pero yo, como hombre, tenía necesidades contrarias al celibato.

Me fui a un teléfono. Llamé a la chica del taller de automóviles y aceptó ver mi colección de cajas de cerillas.

CAPITULO V

Si quería meter las narices en un club nocturno como el Zodíaco, no debía llegar el primero y buscar la mejor mesa, eso era una estupidez. Debía entrar cuando ya tuviera su ambiente y la noche hubiese transcurrido en gran parte.

Miré la hora en mi reloj luminoso. Elisabeth yacía a mi lado, respirando suavemente. Esíiba algo gordita pese a ser muy alta. Tenía unos pechos que para cogerlos tenía que emplear las dos manos.

Como mujer era todo un bombón. Elisabeth era una buena chica pero floja de bragas, porque debían caérsele con mucha facilidad cuando un hombre le gustaba.

Puse mi mano sobre ella y la sacudí levemente.

—Hummm...

—Tengo que marcharme, te llevaré a tu casa.

—¿Y por qué no nos quedamos a dormir aquí?

—Porque yo tengo que hacer una visita.

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—Pues podemos seguir durmiendo.

«Me ha salido dormilona», me dije.

Salté de la cama. Me fui al cuarto de aseo y me di un duchazo que me despejó. Cuando regresé a la alcoba, ella seguía durmiendo. Me vestí y salí del apartamento en el que no había nada importante que Elisabeth pudiera llevarse. Ella seguía durmiendo.

Utilizando mi motocicleta, me acerqué al club Zodíaco. Estacioné la moto al otro lado de la calle, detrás de un coche, algo lejos.

El club tenía las puertas abiertas de par en par. En su vestíbulo, a derecha e izquierda, había fotografías gigantes de mujeres desnudas.

El club no estaba lleno pero tenía un buen ambiente. No era un club nocturno para árabes ni para negros en exclusiva, era un lugar con tipos de los más dispares países como solía ocurrir en muchos lugares de París, una ciudad que recibía a mucha gente de otros países que buscaban allí el triunfo, especialmente en el arte y la cultura.

Tenían música en vivo, un cuarteto que se acolchaba con cintas magnéticas previamente grabadas que daban más fuerza a su música, pero estando ellos allí, daban el calor de lo vivo.

Dos mujeres, una blanca y otra negra, hacían un dúo de strip-tease al alimón. Me sentía ligero, especialmente de piernas. Me fui a la barra. Había mujeres que se esforzaban por sonreírme; sin embargo, había hastío en sus rostros. Para mí había una gran diferencia entre Elisabeth y ellas; también veía otra gran diferencia entre Elisabeth y la huidiza Silvy.

Me dije que si preguntaba directamente por el tipo que me interesaba, podía perderlo de vista o simplemente, recibir algunas caricias desagradables.

—Eh, un «Martel» —pedí.

El camarero me sirvió con ligereza. Tuve que hacerme el tonto con dos chicas, pero a una tercera, que me pareció más ingenua, accedí a darle el fuego que ella me pedía con un cigarrillo entre los labios.

—Oye, ¿está Alain por ahí?

—¿Alain qué?

—Lorange, ¿quién va a ser?

Me observó a través del humo, un poco preocupada.

—No sé.

—Tengo algo que puede interesarle.

—¿De veras?

—Sí. Un amigo común me dijo que lo buscara. La verdad es que yo no he visto nunca a Alain.

—Pues, ándate con cuidado, porque es un tipo muy duro.

Me echó el humo a la cara. Aquella fulana no estaba nada mal, pero yo, aquella noche, ya había cubierto mi cupo de «garañón». Si había que repetir, había de ser algo especial, con una mujer que fuera como Silvy. La verdad es que Silvy se me había metido entre ceja y ceja. Podía calificarla como una «estrecha», pero eso, en vez de alejarla de mi mente, la fijaba más en mis sesos.

Yo no me daba cuenta, pero ese comportamiento de Silvy era uno más de sus ganchos para atraparme.

Elisabeth, la chica del taller mecánico, tenía un cuerpo fenómeno en el que yo había gozado. Eso no se podía ni discutir. Lo había pasado muy bien con ella y quizá repitiera, pero Elisabeth ya no me interesaba; quizá se me había puesto entre los brazos y entre las piernas con demasiada facilidad.

Divagaba en mis pensamientos, estimulado por la lucidez que me daba llevar el escroto aligerado de peso, cuando un hombre de baja estatura, cabellos escasos y lacios, bigote horizontal y rizado, me miró con descaro, casi desafiante. La verdad es que con un solo puntapié lo hubiera podido colocar en el escenario como atracción sorpresa para los concurrentes, pero aquel tipo pequeño debía tener muy mala leche.

—¿Buscas a monsieur Lorange?

—Sí —respondí con forzada desgana, no quería demostrar prisa.

—¿Y tú quién eres?

—Pierre.

—Eso no aclara nada.

—¿Y por qué tiene que aclarar?

—¿Te crees muy listo?

—Gracioso, simplemente.

No quería pelearme con aquel pequeñajo, habría sido un abuso por mi parte.

—Sigúeme.

Aquel tipejo me recordó a los «cabos primero» de la milicia. Se puso delante de mí y yo lo seguí. Continuaba con mis intenciones de propinarle un puntapié.

Cruzamos unas cortinas y nos introducimos por un corredor mal iluminado. El tipejo abrió una puerta y me invitó a pasar.

Cuando la puerta se cerró, me encontré con otros tres tipos que nada tenían que ver con el hombrecillo de los bigotes grandes, horizontales y rizados, propios de un general napoleónico o de un maître selecto de restaurante francés.

Aquellos individuos eran altos como yo y tuve la impresión de que si se sumaba el peso de los tres, saldría una cifra similar a la que se obtendría multiplicando mi peso por cuatro. Tuve la sensación de que debía sonreír, pues corría un riesgo inminente de quedarme sin dientes y no deseaba llegar a besar a Silvy utilizando una dentadura postiza.

—Cacheadlo —ordenó aquel tipejo.

Levanté los brazos. Después de todo, en aquel momento no tenía ningún interés en iniciar una pelea, claro que si me obligaban a ello, no me iba a poner de rodillas, no era mi estilo. Si había que repartir sopapos, ofrecería mi parte con muchísimo placer.

—No voy armado —dije, casi con indiferencia.

El tipo que me cacheó asintió; luego, me lanzó una mirada de advertencia. Se retiró tres pasos hasta apoyar su espalda contra la pared. Allí no había muebles, ni siquiera sillas.

Aquella habitación debía ser el lugar idóneo para propinar palizas a los clientes molestos. Luego, se los sacaría a rastras y se los abandonaría en cualquier callejón. Alguien pasaría un fregasuelos por el piso para llevarse la sangre que pudiera mancharlo y allí no había pasado nada.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar con Alain Lorange.

—¿Para qué?

—Cosas mías.

—Yo soy Alain Lorange —me dijo aquel tipejo.

Me sorprendió, tengo que confesarlo.

—¿Y hemos de hablar delante de éstos? —pregunté, señalando a los tres matones. ' —¿Qué es lo que tienes que decirme?

Comprendí que me había metido demasiado rápidamente en la boca del lobo.

—Tenenos un amigo común.

—¿Ah, sí? —respondió.

—Sí, ya lo creo. —Saqué un cigarro de mi bolsillo. Los matones hicieron un gesto amenazador; pero yo, como si no estuvieran.

—Sé que anda por aquí, pero quizá se ha marchado de viaje.

—¿De quién hablas?

—¿De quién va a ser? De Rene. —Encendí mi cigarrillo.

El tipejo del bigotito, que debía tener su mala uva reconcentrada, me miró muy fijamente. Hizo un gesto con su mano y los tres matones abandonaron la estancia. Cuando quedamos a solas, antes de que me interrogara, pregunté yo, tenía que adelantarme.

—¿Qué le sucede a Rene, ha tenido que marchar rápidamente de París?

—Está fuera de la ciudad.

—¿Cuándo regresará?

—No lo sé —confesó Lorange. Me parecía que sabía más de lo que daba a entender, pero no quería mostrar todas sus cartas.

—Tengo que verlo, es importante.

—¿Por qué es importante?

—Se lo diré a él. Bueno, en realidad este club es de su propiedad, ¿verdad?

—Este local es mío —replicó, rechinando de dientes. Me pareció que me estaba amenazando como lo haría un perrito furioso. Recordé al pequinés que estaba en el maletero del Porsche.

—En muchos negocios poco limpios, se pone a un hombre de paja para que dé la cara y se la puedan romper si hace falta. —Como veía que estaba presto a saltar con sus incisivos desnudos sobre mi yugular, proseguí—: Bueno, no quiero decir que tú no hayas puesto tu dinero en este negocio, pero Rene Orbié puede ser el dueño de la mayor parte, aunque eso sólo figure en un contrato secreto.

—Hablas demasiado.

—Eso se lo cuentas a Rene.

—A Rene no le gustan las bromas.

—Sí, ya lo sé, pero es que tengo algo muy importante para él.

—Si no dices algo más que eso...

—Cuando le veas, dile que es un asunto de Marguerite.

—¿Marguerite? —Se puso lívido.

—Llamaré mañana sobre las diez de la noche.

—Ten cuidado. Si eres un sucio chantajista, Rene hará que te arranquen los dientes uno a uno.

—No me gustan tantas amenazas, Lorange. Corres el riesgo de perder el bigote pero por el sistema de la depilación; ya sabes, un tirón y fuera.

Le di la espalda. No me había equivocado, aquel tipejo estaba sometido al tal Rene Orbié que debía ser el patrón, el hombre de la «pasta».

Abandoné el Zodíaco con la impresión de que iban a seguirme. Fui en busca de mi motocicleta y tomé una calle en contradirección. Como venía otro coche en dirección contraria, subí a la acera y rodé por ella. El coche que pretendía seguirme deslumhró con sus faros al conductor del otro vehículo y viceversa.

Cuando regresé a mi apartamento, Elisabeth seguía durmiendo en mi cama. Yo empecé a sentir hambre. Me metí en la cocina y cuando olía todo el apartamento a tocino frito, me llamó.

—¡Pierre!

—¿Sí?

—Una fulana te ha llamado —dijo con voz somnolienta.
Parpadeó, me preocupó y terminaré por acercarme a la cama con la sartén en la mano.
—¿Qué has dicho?
—Que una chica ha llamado y como no estabas, le he dicho que estabas en la ducha. Oye, ¿qué haces con esa sartén? No habrás fundido mantequilla, ¿verdad?
—Si te has creído que soy Marión Brando en «El último tango», te has equivocado, él es más bajito y está más gordo que yo. Anda recoge tus cosas y lárgate.
—Hombre, tampoco es para ponerse así.
—¿Ha dicho esa chica cómo se llamaba?
—No, pero da igual. ¿Es que no tienes suficiente conmigo?
Quiso colgarse de mi cuello avanzando a gatas por encima de la cama, pero yo puse la sartén entre ambos.
Debía haberse enfriado algo la sartén, porque Elisabeth cogió el tocino con los dedos y se lo llevó a la boca para comérselo, riéndose de mí.
Aquella chica era capaz de comérselo todo.
De pronto, sonó el teléfono y para mí fue como la campana salvadora en un combate de boxeo, dando por terminado el round en el que yo estaba llevando la peor parte, como era evidente.

CAPITULO VI

Napoleón andaba loco por poner de nuevo la ambulancia en marcha. No me era difícil comprenderlo porque la ambulancia era su medio de vida.

Doménico continuaba aislado en el hospital, cultivando su hepatitis vírica, de la que estaba seguro saldría con bien, salvo que comenzara a beber alcohol a escondidas.

Napoleón se había apresurado a llamarme de amanecida para decirme que aquel mismo día tendríamos la ambulancia desinfectada oficialmente y lista para rodar por las calles de París. También la vivienda de Doménico había sido limpiada y desinfectada. Gertrude me había respondido por teléfono y yo temí que la hubiera desinfectado con dinamita, teniendo en cuenta lo bruta que era.

Sólo faltaba alguien que pudiera atender el teléfono, aunque fuese por unos días hasta que encontráramos a alguien apropiado. Doménico, para atender el teléfono, había utilizado a un sobrino suyo que, desgraciadamente, había tenido que salir de París.

Fui a buscar a Silvy.

Ella tenía alquilado un pequeño apartamento en un viejo edificio y lo compartía con otras dos amigas. La que me abrió la puerta no estaba nada mal. Me examinó de arriba abajo y silbó de admiración.

-¿Está Silvy?

—¿No te sirvo yo? —me respondió.

—Bueno, ¿está Silvy o no?

Me abrió la puerta de par en par y, como suele decirse, tuve la impresión de que yo era la mosca que se mete en la trampa de la araña y he de admitir que la impresión no era tan desagradable.

Aquel apartamento olía agradablemente a hembra.

—Silvy, aquí tienes el guerrero que busca su reposo —dijo la compañera, un tanto burlona.

Apareció Silvy envuelta en una bata. Se sorprendió al verme, se endureció su rostro, se me acercó y tuve que encajar una bofetada.

—¿Puedo preguntar a qué viene eso?

La chica que acababa de abrirme la puerta se sentó en una butaca dispuesta a seguir contemplando la escena. La otra apareció en el umbral de una puerta mordiendo una manzana y sin ningún interés por ajustar sus ropas.

Parecían tres estudiantes que, además de estudiar, realizaban algún trabajo para añadir unos francos a lo que debían recibir de sus respectivas familias.

—¿Cómo te has atrevido a venir hasta aquí?

—Me diste la dirección y he venido a buscarte, eso es todo —manifesté, mientras sentía un calorcillo en la mejilla castigada.

—¿Por qué no te has quedado con tu amiguita?

—Bueno, has sido tú la que ha llamado por teléfono, ¿no es eso?

Silvy se cruzó de brazos y me ofreció la espalda, mientras sus amigas seguían interesadas en presenciar lo que para ellas debía ser una representación teatral o algo por el estilo. Yo tenía la sensación de ejercer de primer actor en una historia cuyo final ignoraba.

—Oye, ¿es que tengo que darte explicaciones si meto a una chica en mi cama?

—No, claro que no. Perdóname, las últimas vacaciones las pasé en España y se me pegó su forma de ser.

—Verás, si yo saliera contigo y decidiéramos mantener una fidelidad mutua, tendrías derecho a reprochármelo. Como salí contigo y me dejaste las pelotas más duras que si fueran de acero, tuve que agitarlas un poco, pero esa chica no significa nada para mí.

Evidentemente molesta, replicó:

—Te expresas muy claro.

—Tu me has demostrado que sólo quieres ser mi amiga, sólo eso. No sé por qué has tenido que molestarte si llamas a mi apartamento y responde una voz de mujer. ¿Es que crees que practico el celibato?

—No me importa lo que practiques o dejes de practicar y si sólo te consideras mi amigo, ¿a qué vienes ahora?

—A pedirte un favor.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Qué favor?

—Sencillo.

—Habla de una vez —se impacientó.

—Verás, estoy ayudando a un amigo.

—Ya empiezas a enrollarte.

—Tenemos una ambulancia para cubrir unos servicios, es una ambulancia privada que ya tiene su propia publicidad, pero nos hace falta alguien que pueda atender el teléfono durante unas horas.

—¿El teléfono?

—Sí, se trata de recibir las llamadas de cuantos necesitan una ambulancia y luego, por radio, se nos comunica a la propia ambulancia para poder acudir así al lugar adonde hagamos falta.

—¿Me estás ofreciendo un puesto de telefonista? —inquirió, irritada.

—Será por unos días. Doménico, el propietario de la ambulancia, está en el hospital, sólo se trata de ayudarlo un poco.

—Yo tengo que estudiar y hacer mis colaboraciones periodísticas.

—Bien, bien, no te pido nada. Yo sólo... En fin, un hombre está en el hospital y lo estoy ayudando, ya lo sabes. Olvídalo, es como si no hubieras oído mis palabras.

Le di lá espalda y avancé hacia la puerta, dando por terminada mi visita. Confiaba en que Silvy no me dejara llegar hasta la puerta, sería demasiado.

—Espera —me pidió.

Detuve mi avance y sonreí.

—No, yo no te pido nada para mí.

Me agarró por el brazo, la chica tenía energía. Me obligó a volverme hacia ella y como escrutó mis ojos, puse cara triste. En aquel momento, no podía sonreír por nada o me llevaba la segunda bofetada.

—Haré de telefonista pero sólo por unos días. Antes tienes que decirme algo.

—Lo que tú quieras —respondí, sumiso.

—¿Vas a seguir con tu investigación?

Me preocupé. Las otras dos chicas seguían mirando y escuchando como si estuviéramos representando una comedia de café teatro.

—Sí, y ya tengo cosas interesantes que contarte, aunque no creo que éste sea el momento.

—De acuerdo, me visto y voy contigo.

—Si queréis, nosotras nos vamos y os dejamos el apartamento para vosotros solos —propuso una de las amigas de Silvy.

—No es necesario —replicó Silvy—. Nos vamos nosotros.

No tardamos en rodar por las calles de París. Me imaginé que no era cuestión de llevarla de inmediato al pie del teléfono como un esclavo contratado. La llevé al Campo de Marte. El día era suavemente gris, un día muy parisino.

Paseamos.

Le pasé la mano por detrás de la espalda y la cogí por el hombro. Ella se removió para rechazarme, pero yo mantuve la mano firme sobre ella, sin hacerle sentir la pesadez de la misma.

Acabó por aceptar mi postura y para infundirle más confianza, le conté todo lo del Porsche y mi visita al Zodíaco.

—Eso es estupendo, casi estás atrapando al asesino.

—Esa impresión me da a mí, pero si el tipo ése, el tal Rene Orbié, se cargó a Marguerite, también puede mandarme a mí al infierno.

—Cuéntaselo a la policía —me sugirió.

—¿Y qué crees que tendría la policía con todo esto? Sólo un coche cerca del edificio donde vivía la víctima.

—¿Y la pistola?

—Sí, pero a ella no la mataron de un tiro.

—¿Con qué la asesinaron?

—Pues, no lo sé, tendré que averiguarlo.

—Déjalo de mi cuenta.

La miré preocupado; ella también se interesaba demasiado por aquel asunto.

—Es mejor que tú te mantengas al margen.

—Yo, como estudiante de periodismo y colaboradora, aunque casi todas mis colaboraciones no lleguen a publicarse, tengo derecho a pedir información en la Morgue y es lo que pienso hacer. No te preocupes, cerá como un trabajo de mi cuenta.

—Está bien, está bien, pero nos vamos a meter los dos en un mogollón que nos va a llevar a la cárcel.

—Bah, si la policía nos atrapa diremos que estábamos haciendo un reportaje. Tengo derecho a hacerlo.

—Te advierto que esos tipos juegan duro. No se aún por qué se cargaron a Marguerite, pero seguro que fue por algo serio, claro que hay alguien que puede identificar a Orbié.

—¿Quién?

—Napoleón.

—No bromees —replicó, echándose a reír.

No estábamos muy lejos de los Inválidos donde reposaban los restos del emperador Napoleón en el gigantesco sarcófago de piedra finlandesa y encerrado en seis ataúdes.

CAPITULO VII

Napoleón me miró a través de los gruesos cristales de sus gafas. Aquel

tipo no me caía simpático, pero me había tocado como compañero y tenía que soportarlo.

—¿Está lista la ambulancia?

—Sí, y pronto nos llamarán por el radioteléfono para que salgamos en busca de algún paciente con infarto.

—Esos son los que más me gustan.

—¿Por qué?

—Porque no echan sangre y si se mueren por el camino, nadie protesta.

—Muy bueno. Se aprende siempre con los que son de la profesión.

—¿Qué profesión?

—La tuya, idiota.

—A mí no me llames idiota.

—Perdona, estúpido.

Me miró, pensó un poco y se resignó. Tuve la sensación de que me había pasado con él. Saqué una botella de coñac tipo petaca que había colocado dentro de la ambulancia y lo invité.

—Anda, toma un trago.

Obedeció con gusto y mientras gorgoteaba, pude oír la voz de Silvy por el radioteléfono.

—¡Pierre, Pierre!

Me metí en parte dentro del coche. Tomé el micro, pulsé el botón y respondí.

—El imbécil de tu enamorado al habla.

—No me lo creo. ¿Y la otra?

—¿Qué otra?

—La que tenías en tu cama.

—Ya te lo expliqué, aquello sólo era un relajo de nervios, nada más.

—Eres un sinvergüenza.

—¿Para decirme eso me has llamado?

—No, tenemos una llamada urgente.

—Eso está bien. Vas a darme la dirección y nos dirás de qué se trata.

—No sé, dicen que se ahoga.

—Bien, las señas —apremié.

Pisé el acelerador, le di a la sirena y aquello fue una verbena. Confieso que lo de las luces relampagueantes en el techo me gustaba más de noche, hacía mayor impresión.

Napoleón comenzó a rechinar de dientes. No es que se molestara conmigo, es que tenía miedo. Doménico debía conducir rápido, pero no tanto como yo.

Llevar la sirena ululando a todo meter y relampagueando las luces sobre el techo, era como tener vía libre para hacer lo que te diera la gana sobre el asfalto. Los veía apartarse delante de mí. Se abrían a

derecha e izquierda y si algún automovilista se mostraba reacio a dejarme paso, yo le tocaba el parachoques posterior con el mío delantero y con el ulular de la sirena de la ambulancia terminaba por ponerlo muy nervioso y nos dejaba pasar.

—Si conduces de esta manera, nos tendrá que recoger otra ambulancia a nosotros —se quejó Napoleón.

—Oye, ¿recuerdas por qué calle he de girar?

—Pues, no.

Antes de que terminara de decir nada, hice un giro en cuarto carril de izquierda a derecha, pasando por delante de todos los automóviles que tuvieron que frenar lamiendo con sus parachoques el costado de la ambulancia.

Napoleón estaba seguro de que nos matábamos, pero yo le demostré que aún no había llegado su momento. Para mí, aquel trabajo era una diversión, aunque le tenía preparado un trabajo a Napoleón que él no sospechaba y que le iba a poner los «pistones» en la garganta.

Di un acelerón y subí la ambulancia a la acera, dejándola muy cerca del portal del edificio.

—Anda, sube y ve lo que le pasa a ese que se ahoga —le dije.

—¿Y por qué no subes tú conmigo?

—Porque he de vigilar que no roben la ambulancia —respondí malignamente.

Tras lanzar un gruñido, Napoleón se fue hacia el portal y se quejó:

—Es un sexto piso.

—Seguro que hay ascensor, hombre.

Lo vi desaparecer y yo encendí un cigarrillo. Napoleón sabía mucho mejor que yo cómo tratar a los enfermos.

A los pocos minutos, reapareció Napoleón. Venía excitado y pálido.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Has visto al hombre lobo?

—¡Se ahoga!

—Sí, eso ya me lo has dicho antes. ¿Por ahí detrás no tienes una botellita de oxígeno para emergencias?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Pues, que se ahoga porque pesa casi doscientos kilos.

Silbé de admiración.

—¿Y cabe en el ascensor?

—No sé, es un ascensor viejo, remozado, no sé.

—Cálmate, hombre, vamos a buscarlo. ¿Seguro que hay que llevarlo al hospital?

—Se está ahogando. Si tardamos, el gordo se nos muere. Yo creo que la grasa le aplasta los pulmones.

—Bueno, vamos arriba. Oye, ¿sabes qué tal está la suspensión de la

ambulancia?

Subí con Napoleón en el ascensor. Confieso que yo tam bien estaba preocupado. Llevábamos el oxígeno, pero...

El ascensor podía calificarse de una «mierda» renovada. Entramos en la casa. Una mujer delgada como un alambre nos miró muy preocupada.

—¿Han traído más compañeros? —preguntó.

—No tema, señora, lo vamos a sacar de aquí dentro —dije, optimista, quizás exageradamente optimista, pero teníamos que ofrecer mucha confianza.

El gordo yacía sobre una cama reforzada, boca arriba, lo vi muy azulado. Yo no entiendo de medicina, pero aquel desgraciado la «palmaba» si no se lo atendía.

—Anda, enchúfale el oxígeno —pedí a Napoleón que era el experto en aquellas faenas.

El hombre pareció animarse y a mí se me encendió una luz en la cabeza. Si se reponía, podría bajar por su propio pie.

El hombre reaccionó al oxígeno. Además de horriblemente gordo, tenía asma. Yo no entendía cómo un ser humano podía ponerse como un elefante marino, porque lo cierto era que hasta las facciones del rostro se le habían desfigurado y de no ser por los ojos, no habría parecido siquiera humano. El color azulado comenzó a desaparecer con más rapidez de la esperada. Aquellos ojos, casi de pulpo gigante, comenzaron a mirarnos. Yo dudaba que aquel tipo llegara a entendernos, para mí era como un alienígena.

—Vamos, vamos, ahora te pondrás de pie. Mi amigo y yo te ayudaremos a llegar hasta el ascensor y luego, a la calle. París es muy bonito y ya se hace de noche. Si te portas bien, te llevamos al Follies.

—Hace cinco años que no sale de casa —explicó la mujer.

No era de extrañar. Entre Napoleón y yo comenzamos a moverlo. Allí no se podía decir la frase de que «pesaba como un muerto»; aquel tipo pesaba como lo que era: un monstruo.

No se tenía en pie. Entre Napoleón y yo lo sosteníamos como podíamos. La mujer le echó una bata por encima. Lo sacamos hasta el ascensor y le pedí a la mujer:

—Cuando estemos dentro, usted cierra las puertas. ¿Ha comprendido?

—Sí. Pobrecito, hace cinco años que no ha visto la calle.

Miré los ojos de aquel hombre que volvía a tener ahogos, parecía un alucinado. Nos metimos en el ascensor y Napoleón y yo quedamos comprimidos contra aquella masa de carne.

La mujer cerró las puertas y yo pulsé el botón de planta. Dentro de mí sentí una especie de terror pensando que si el ascensor se paraba, estábamos listos. De allí dentro, pegados los tres como estábamos, no nos sacaban ni los bomberos.

Tendrían que abrir la cabina del ascensor como si fuera una lata de sardinas. El ascensor, en este caso descensor, iba tan lento que desesperaba. Cada ruido que producía me daba la impresión de que era una advertencia de que iba a detenerse y los ruidos eran mil.

—Ya está —exclamó Napoleón.

Respiramos.

Abrimos las puertas y sacamos al hombre, al gordo, diría mejor. La ambulancia se hallaba cerca. No era fácil sostenerlo por brazos, hombros y cintura, pero si lo hubiéramos tendido en unas parihuelas, ni entre cuatro habríamos podido llevarlo con cierta decencia.

—Ahí está la ambulancia. Amigo, vas a hacer el favor de moverte un poquito para entrar.

Fue difícil meterlo, era como tratar de hacer el amor con una menopáusica virgen, no entraba, y los curiosos se iban apiñando en torno nuestro.

No sé si llegaron a cruzar apuestas, pero los que dijeran que no entraría, perdieron, porque el gordo entró al final. Sus carnes salían por todas partes.

—Cuida de él y ve dándole oxígeno —pedí a Napoleón.

El nivel de la ambulancia descendió por el peso. Se escucharon unos gruñidos, pero salimos de la acera para saltar a la calzada.

Le di a la sirena de nuevo y la ambulancia volvió a rodar velozmente por las calles de París. Al fin, llegamos al hospital y allí pedimos ayuda para sacarlo. La mujer nos había seguido en un taxi.

Cuando logramos desprendernos de él y cobramos el servicio, suspiré de alivio, el paquete quedaba para otros. Ya veríamos cómo lo sacaban del hospital y lo regresaban a su casa.

Quizás los médicos experimentarían en él nuevas pastillas adelgazantes con el añadido de purgas masivas y si hacía falta, el bisturí para quitarle grasas como si el desgraciado fuera una res abierta en canal.

Napoleón se encargó de los trámites y cuando volvió a la ambulancia, me sonrió. Era la primera vez que le veía sonreír.

—Trabajo concluido.

—Nos merecemos un trago —le dije, malignamente.

—No acostumbro a beber, pero haré una excepción —me dijo confiadamente. Yo lo observé como el animalito que se va a meter él solo en una trampa.

Llamé por el radioteléfono.

—Silvy, ¿me oyes?

La voz de la futura periodista llegó muy distorsionada.

—Sí, te oigo.

—¿Has captado alguna llamada más?

—No.

—Entonces, damos esta primera jornada por liquidada. No es mucho, pero para ser el primer día es suficiente.

—¿Qué hago? —preguntó Silvy.

—Quédate por si hay más llamadas hasta que yo pase a recogerte, te llevaré a tu apartamento.

—Puedo tomar un taxi.

—No seas tonta, yo voy a buscarte.

—¿Y si mientras tanto llama alguien?

—Acepta el encargo.

—De acuerdo, quedo a la espera.

—¿No hacemos más servicios? —se asombró Napoleón.

—Con lo del gordo ha sido suficiente.

Se había hecho tarde. Lo llevé sin sirena hasta cerca del club Zodiaco, aparqué y lo empujé hacia el interior del local. Napoleón ni se daba cuenta de que lo estaba llevando a la boca del lobo.

—¿Ahí dentro? —preguntó Napoleón.

—¿Es que te molesta la ropa que llevas?

Vestido como iba, no era la mejor indumentaria para meterse en el Zodiaco, estaba claro, pero yo logré que entrara. A través de sus gruesas gafas de miope, pudo ver a las primeras mujeres que lo observaban con mucha atención, como calibrando sus posibilidades económicas y también las sexuales.

—Eh, dos coñacs —pedí, procurando que mi rostro no fuera visto; claro que llevando junto a mí a Napoleón, tenía que llamar la atención forzosamente.

—¿Vienes mucho por aquí? —me preguntó Napoleón cuando se llevaba la copa a los labios.

—No, pero aquí viene el tipo que te entregó a Marguerite y te he traído para que lo identifiques.

El coñac le salió por entre los labios como si dentro de su estómago acabara de originarse un huracán. Hizo intención de alejarse, pero lo agarré por el brazo.

—Ese tipo es capaz de asesinarnos a ti y a mí. Tú vas a señalármelo y yo ya me las arreglaré con él. Anda, mira en derredor tuyo.

Napoleón comenzó a transpirar. Era el suyo un sudor caliente, como si todo su cuerpo se hubiera puesto a hervir. Las gafas se le enturbiaron por el vapor del sudor.

—No veo nada.

—Pues has de ver.

—No recuerdo quién era. La policía me preguntó y no pude decir mucho.

—Algo verías, ¿no?

—Me puso a la mujer entre los brazos, había muy poca luz. La bombilla del rellano donde recogí a aquella mujer estaba fundida.

—Debió fundirla él.

—Vamonos.

—Estás cagado de miedo —mascullé.

—Todavía no —replicó, temblándole los dientes.

—No veo nada y no lo reconocería.

Miré en derredor de nuevo. No vi al miserable Lorange, aquel tipo que pasaba por ser el propietario del club nocturno. Había confiado en que Napoleón pudiera ayudarme re conociendo a Rene Orbié, el dueño del Porsche, porque él y no otro debía ser quien asesinó a Marguerite.

—Yo me voy.

Napoleón se desprendió de mí y como ya iba vestido de enfermero, pensé que no podía obligarlo a más, so pena de que lo confundieran con un loquero.

Ya en la calle, respiró hondo, tragando el aire frío de la noche. Después, miró asustado en derredor y echó a correr.

—¡Eh, imbécil, que la ambulancia está al otro lado!

Napoleón no quiso hacerme caso. Siguió corriendo hasta abrir la portezuela de un taxi sin esperar a que éste se detuviera y se metió dentro.

—Ya te atraparé —gruñí.

Ya no me cabía ninguna duda de que Napoleón sabía algo que no quería decir. Si se lo contaba a la policía, no tenía pruebas para apoyar mis palabras, pero a Napoleón nadie iba a librarlo de un interrogatorio a fondo.

Me alejé del club Zodíaco.

Llegué a un drugstore o a algo que se le parecía y tomé un par de bocadillos. Mi estómago me había advertido ruidosamente de que debía comer.

Cuando llegó la hora calculada, me acerqué al teléfono y disqué el número del Zodíaco.

—¿Quién llama? —preguntaron.

—Dígale a Rene Orbié que se ponga.

Hubo una vacilación pero al fin, preguntaron:

—¿De parte de quién?

—El ya sabe de quién —repliqué, seco.

Oí el ruido que produce el auricular al ser abandonado sobre una mesa o mostrador. Escuché música de fondo, luego una puerta lejana. Pasaron interminables segundos, parecía que se habían olvidado de mí cuando...

—¿Quién llama?

La voz me pareció que salía de la garganta de un tipo acostumbrado a

amenazar, había que andarse con mucho cuidado.

—¿Eres Rene?

—¿Y tú quién eres? —replicó él, sin dar una respuesta concreta.

—Yo soy el que tiene el pequinés —respondí, pensando que era mejor no decir que yo tenía su coche por si grababa la conversación y luego me llevaba a la policía por ladrón de coches.

Estaba claro que no pretendía quedarme con aquel lujoso deportivo; sólo lo utilizaba como cabo del hilo que tenía que conducirme al ovillo.

No, no era ningún ladrón, pero se me podía tomar como tal, por eso se me ocurrió decir «el pequinés». Aquello no comprometía a nada y Rene Orbié sabría muy bien a qué me refería. Se produjo otro silencio.

—¿Dónde está?

—¿El qué? —inquirí.

—¿Qué va a ser? El pequinés.

Sonreí, aquel tipo me seguía el juego, todo iba bien.

—Lo guardo a buen recaudo.

—¿Cómo sabes que el pequinés es mío?

—Porque yo no me chupo el dedo.

—De todo esto hemos de hablar.

—Me parece bien.

—En un lugar apropiado —añadió Orbié.

—¿Para que puedas pegarme un tiro? Tengo tu pistola.

—Eres un hijo de perra —me insultó sin poderse contener. Creo que la rabia le salía por los colmillos.

—No, no, eso no está bien. Si nos ponemos a decirnos palabrotas, nos calentaremos las orejas y no llegaremos a ningún entendimiento.

—¿Cuánto quieres?

Era obvio que me tomaba por un chantajista cuando no era mi propósito serlo. Yo quería llevarlo a la cárcel si es que él era el asesino de Marguerite. Me estaba convirtiendo en el justiciero de París. Investigaba al margen de la policía y corría el riesgo de que el tal Orbié o sus compinches me pegaran tres tiros o me metieran en la cárcel bajo un montón de cargos.

—Ven al Zodíaco —me pidió.

—No, ya he visto qué clase de matones hay allí.

—¿Dónde, entonces?

—Veamos, ¿quién tiene el pequinés? —pregunté.

—¿A qué quieres jugar ahora?

—Quiero decir que yo tengo la sartén por el mango y tú harás lo que yo te diga.

—¿Y si no lo hago? —me desafió.

—Tomaré mis medidas.

—¿Puede saberse cuáles?

—Hay muchas. Quizás a la policía le interese mucho conocer cuál es el nexo de unión entre el pequinés y la asesinada Marguerite.

Aquellas palabras lo afectaron mucho. Al fin, como si tuviera una espina dentro, quiso quitársela preguntando:

—Tú eres el camillero, ¿verdad?

—Yo no soy el que tú crees. En fin, te conviene aceptar mis condiciones.

—¿Por qué no especificas cuánto pides?

Pensé que para atraparlo mejor, sería más adecuado seguirle el juego. Por supuesto, él estaría pensando a su vez la forma en que podría deshacerse de mí.

—Puedo pagarte diez mil francos.

Había soltado la primera oferta. Como no pensaba aceptar ninguna clase de soborno, me reí sonoramente para que Orbié pudiera oír mis carcajadas desde el otro lado del hilo telefónico.

—Veinte mil —dijo entonces.

Volví a reírme.

—Ten cuidado. Si presionas demasiado, te puede costar muy caro —advirtió Orbié.

—¿Sabes dónde está la tumba de Chopin? —pregunté.

—¿Qué?

—Sí, la tumba de Chopin, en el cementerio de Père La-chaise. Mañana por la mañana, a las once, llévale unas flores. Si lo haces, querrá decir que estás de acuerdo.

—¿De acuerdo en qué?

—En hacer un trato.

Para no volver a oírle haciendo preguntas, colgué el teléfono. Supuse que Rene Orbié tendría unas ganas locas de matarme. Si le hacía confesar, lo entregaría a la policía, pero tendría que decirme por qué había asesinado a Marguerite.

CAPITULO VIII

—¡Silvy, Silvy!

—Sí, te oigo bien —respondió ella por el radioteléfono.

—¿Has recibido alguna llamada?

-No.

—Entonces, ya no descuelgues el teléfono aunque llamen.

—¿Y si es una urgencia?

—Que avisen a otro servicio de ambulancias. Hasta ahora, encanto.

Me sentía cansado. Puse la ambulancia en marcha y circulé rápido pero sin sirenas ni luces de alarma.

¿No has tenido nunca la impresión de que te estás metiendo donde no

te llaman y de que vas a salir mal parado? Confieso que yo, en aquellos momentos, tenía aquella sensación. La aparté de mí pensando en Silvy.

Corría tantos riesgos físicos como morales. Soy un tanto cínico, lo admito; también soy escéptico, no por viejo sino por haber vivido aprisa, casi a tumba abierta. ¿Quién no corre un riesgo moral si empiezan a ofrecerle dinero para que no abra la boca?

¿Te imaginas? Sí, me dirijo a ti que estás leyendo esta historia que tienes entre las manos. Insisto, ¿te imaginas si te ofrecieran veinte mil francos por callarte?

Silvy me esperaba en casa de Doménico. Introduje la ambulancia en el pequeño garaje que había bajo la vivienda.

—Silvy...

—Estoy aquí, Pierre.

Salí del vehículo y cerré de un portazo. Empezaba a cansarme de aquel trasto; no era un automóvil de diversión sino de dolor y muerte. Silvy vino hacia mí y yo la estreché entre mis brazos.

—Eh, no te pases, que vas a asfixiarme —protestó sin enfado.

La besé en los labios. Lo hice sin prisas y sin profundidad, como si fuera el inicio de un juego. La besé de forma que no podía quejarse, un beso que no significaba avasallamiento, pero no la solté de entre mis brazos. La besé en las mejillas y después en los ojos que ella, lógicamente, cerró.

—¿Estás preocupado, Pierre?

—Sí.

—¿Puedo ayudarte en algo más?

—Creo que estás haciendo demasiado. ¿Qué te parece si vamos a tomar algo por ahí? Aunque ya sé que tú tienes que estudiar.

—No te preocupes, no he perdido el tiempo. Mientras estaba al pie del teléfono he repasado. Mañana por la mañana no podré estar aquí.

—No importa. Mañana será fiesta para la ambulancia.

—¿Y qué dirá tu amigo?

—Cuando salga del hospital, ya se lo contaremos y si no le gusta, mala suerte. Ya te contaré lo del servicio del gordo...

Si yo hubiera sido un bruto, habría cerrado la puerta y tratado de seducirla allí mismo, pero no cometí tal torpeza, cada mujer exigía un método distinto.

—Sé que soy un poco prosaica pero tengo hambre, Pierre.

Imbécil de mí... Tenía que haberme dado cuenta de que Silvy era una chica responsable y se había pasado todo el tiempo junto al teléfono.

La hice subir tras de mí, a horcajadas sobre mi poderosa motocicleta, y nos alejamos. Conocía un buen lugar. La Cui-sine d'Odette en la calle del Dragón, allí podíamos charlar y comer, aunque he de confesar que

yo no tenía mucho apetito.

A Silvy le agradó el pequeño restaurante de aire familiar. Manteles de algodón de tela gruesa de cuadros y no manteles de plástico, olor a sabroso ragout y quesos frescos traídos de granjas. No era un sitio sofisticado, tampoco demasiado caro. Era el pequeño restaurante regido por mujeres que habían aprendido a cocinar de sus madres y abuelas y no en un manual.

A Silvy le agradó aquel lugar, se sintió a gusto.

—Si algún día llego a casarme, me gustaría tener junto a mi casa un restaurante como éste para poder comer.

—¿Porque es bueno lo que has comido o porque así te librarías de cocinar? —pregunté.

—Por ambas cosas —se rió ella.

—¿Averiguaste algo sobre Marguerite?

—Sí, estuve preguntando en el hospital y me dijeron que llamara por teléfono para confirmar. Me puse de acuerdo con un médico.

—¿Haciendo valer tus encantos femeninos?

Silvy sonrió.

—En el amor y en la guerra, todo vale, querido, y para una periodista conseguir información es la guerra.

—Y cuando seas periodista del todo y vayas por ahí buscando información para tu periódico o para tus revistas, ¿pagarás el precio que se te pida con tal de conseguir la información que desees?

—Todo tendrá un límite —puntualizó ella.

—¿Cuál será ese límite para ti? —insistí.

—Mi conciencia.

—¿Tu conciencia es flexible y elástica o rígida?

—Mi conciencia no tiene por qué ser igual a la de los demás. Soy un ente integrado en una sociedad donde existen unas normas de convivencia, cierto, pero mi conciencia no tiene por qué ser igual a la tuya, por ejemplo.

No quise averiguar más respecto a las diferencias que existían entre la conciencia de Silvy, una mujer, y la mía. Lógicamente, debían ser distintas.

—Asesinato.

—Eso ya se sabía oficiosamente.

—Le encontraron narcóticos y estricnina, en pequeña cantidad pero letal de necesidad.

—Extraña mezcla, ¿no?

—Sí, también había una elevada cantidad de alcohol en la sangre.

—¿Qué pretendía el asesino, asegurarse la muerte por si alguno de los venenos fallaba?

—Debió administrarle un narcótico en alguna bebida. Luego, le hizo

beber más y después le hizo tragar la estricnina. También se le encontró un pinchazo de inyectable de morfina.

—Diablos, un tipo muy sádico y sibarita con el envenenamiento.

—El asesino o asesina es alguien muy metódico —opinó Silvy que había sacado sus propias conclusiones.

—¿Por qué tantos productos, acaso la querían matar entre varios asesinos y uno se adelantó al otro?

—Quisieron matarla sin que ella se diera cuenta, por eso le dieron el narcótico con alcohol. Marguerite debió quedar a merced del asesino que le hizo tragar la mortal estricnina que produce unos síntomas muy dolorosos y desagradables.

—¿Y para que no los sintiera le inyectó la morfina?

—Puede ser. De este modo, el asesino os entregó a una mujer moribunda que no se quejaba, que no decía nada, pero que se iba muriendo.

—Y que se murió —concreté—. Pero ¿cuál fue el producto asesino, la verdadera arma criminal?

—Estricnina.

—¿La mataron como a una perra rabiosa?

—Más o menos, pero sin que formara escándalo.

—Hay algo que no entiendo.

—¿El qué?

Miré su rostro, su boca apetitosa, aquellos ojos rebosantes de vida. La chica del taller de automóviles era sólo una nube que se había disuelto en el cielo. Silvy me hacía olvidar a todas las otras mujeres.

—Si quería asesinar a Marguerite, ¿por qué llamó a la ambulancia y la envió al hospital?

Puso un gesto preocupado en su rostro.

—Eso es un enigma que sólo el asesino podrá descifrar.

Tomé mi vaso y bebí aquel vino algo áspero de color rojo vivo.

—El asesino quiso desembarazarse de Marguerite, pero su última acción de llamar a la ambulancia puede significar también que en el último momento deseara salvarle la vida.

—O que él no fue el asesino —objetó Silvy.

—¿Quieres decir que podía haber otro? —pregunté, viendo que se me complicaban las cosas.

—Sí, ¿por qué no? Quizás tú sospechas de alguien que es un falso sospechoso, el tipo que el asesino utiliza como pantalla para esconderse él.

Volví a mirar el vino de mi vaso, ya no había mucho en él. De pronto, se me ocurrió preguntar:

—¿Has visto morir a algún animal envenenado con estricnina?

-No.

—En algunos países echan carne envenenada con estricnina para exterminar a los animales vagabundos o a los que consideran alimañas. La muerte es muy dolorosa. El cianuro produce una cianosis rápida y te mueres pronto; el arsénico es más lento y produce sed ardiente, dolor quemante en el estómago, vómitos, convulsiones. Quien asesinó a Marguerite tomó muchas precauciones para que lo que a ella le sucedía quedara disimulado, pero sigo sin entender por qué el tipo del cual sospecho la envió al hospital.

—No dio la cara, ¿verdad?

—No, tenía algo que temer —opiné.

—¿Y qué motivos podía tener?

—Es difícil conocer ahora los motivos que tenía ese tipo al que veré mañana.

—¿Que verás al supuesto asesino mañana?

Había verdadera sorpresa en el rostro de Silvy.

—Eso espero, si acude a la cita que le he dado.

—¿De veras piensas que acudirá a la cita?

—Creo que sí —le confesé—. Tengo su coche.

—¿Su coche, se lo has robado?

—Encontré la llave, luego el coche. Me lo llevé y lo he dejado a buen recaudo en un parking público.

—¿Y le has propuesto recuperar el coche?

—Aja, y parece que está muy interesado.

—¿Tan importante es ese coche para él que se arriesga a que tú le prepares una trampa y lo entregues a la policía?

—Supongo que tomará sus medidas. Para mí que es un mafioso que está unido a los tipos que regentan el club nocturno.

—Lo estás poniendo muy difícil. Si él se da cuenta de que acudes solo a la cita que le has dado, puede matarte.

—Es posible, pero si me mata no encontrará su coche y él está muy interesado en recobrarlo.

—¿Tan valioso es?

—Se trata de un Porsche.

—Un magnífico cacharro, pero exponerse a que lo atrapen por asesinato... Aquí hay algo que no encaja, Pierre.

—Sí, a mí también me lo parece. Es apasionante, ¿verdad?

—Nos estamos metiendo en asuntos de la policía.

—¿Crees que la policía lograría descifrar este misterio?

—Supongo que sí.

Encendí un cigarrillo y después, opiné:

—Yo también lo creo, pero quizás pasaría mucho tiempo. Hay muchos asesinatos que jamás encuentran la justicia que se merecen, quiero decir que muchos asesinos no son atrapados nunca.

- Eso es cierto, pero no debe servir para dar alas criminales.
- Pienso que si un asesino planea cuidadosamente muerte, porque este caso parece planeado con método que hay puntos que yo no logro entender, el asesino era no lo van a atrapar jamás.
- Todos los asesinos esperan conseguir el crimen por lo, pero luego caen y si no los atrapa la policía (aunque creo que la policía hace más de lo que suponemos) entre otros castigos que les da el destino.
- ¿Crees en el castigo de la conciencia propia?
- Más o menos —asintió Silvy—. Hay tipos que no pueden soportar los remordimientos.
- Me temo que hay tipos sin entrañas capaces de mí que luego jamás sienten remordimientos.
- Es posible, pero a muchos otros, sus remordimientos no les dejan conciliar el sueño.
- Tú estás hablando de Crimen y castigo de Dostoi <
- Ese es un caso literario, pero en la realidad también da.
- Pienso hacer confesar a ese tipo.
- ¿Y si no confiesa?
- Bueno, cabe la posibilidad de que no sea él, pero me dirá. ¿Por qué tanto interés en recuperar su coche ha ofrecido veinte mil francos.
- ¿Veinte mil francos? —Silvy silbó de admiración.
- Sí, para que se lo devuelva y me calle.
- ¿Y vas a prestarte al chantaje?
- ¿Me crees capaz de algo semejante?
- No, claro que no, pero ¿por qué llevas a cabo esa investigación en solitario?
- No lo sé muy bien, quizás porque ha sido mi propio caso.
- ¿Como detective aficionado?
- No, como ambulancista. Me dieron una víctima que terminó de morir dentro de la ambulancia. Me picó la curiosidad y comencé a indagar, eso es todo. Ahora ya no puedo dejarlo, es como una droga.
- Hay drogas que matan.
- Espero no tomar una sobredosis. Cuando tenga datos suficientes, aunque no lo haya averiguado todo, llamaré a la policía y ellos ya se encargarán de interrogar a fondo al tipo que tengo acorralado.
- ¿Y si la policía no te hace caso?
- Ya lo creo que me hará caso. El tipo ese ha cometido la torpeza de ofrecerme veinte mil francos y ahora ya sé que tiene mucho que ocultar. De lo contrario, habría puesto una denuncia por la desaparición de su coche.
- ¿Me dejas que te ayude en la investigación?
- Vaya, ¿a ti también te apasiona?
- Un poco. La profesión de periodista tiene ciertas concomitancias con

la de detective privado.

—Está bien. Si consigues más información, te lo agradeceré. Cuantas más cosas sepamos, mucho mejor.

—Entonces, dame datos.

—¿Datos? ¿Cuáles, por ejemplo?

—La matrícula de ese Porsche.

—Silvy, hay que ir con cuidado, no quiero que me encierren por ladrón de coches.

—No temas, no voy a hacer que te encierren. Dame la matrícula.

—La tengo en mi apartamento.

—En ese caso, ya me la darás por teléfono.

—¿Es que no piensas venir a mi apartamento? —pregunté, un poco desilusionado.

—Oh, no, no deseo estorbar a tu amiguita.

—¿Amiguita? Ya te dije que fue una necesidad orgánica. Tú me subes la temperatura, me pones al límite de mi resistencia y luego me largas solo a mi casa. ¿Qué pretendes, que me eche a la masturbación y me regocije en ella?

—A mí no me importa como te relajas, si solo o acompañado. No quiero estorbar, eso es todo.

—Silvy —le cogí las manos y traté de hablar despacio para que me comprendiera—. Ella sólo significó un relajo momentáneo, no volveré a verla jamás.

—Jamás hasta que los vuelvas a tener duros, ¿no es eso? —Se levantó—. Gracias por la cena, era lo mínimo que me merecía después de estar tantas horas al pie del teléfono.

Se alejó de mí, dejándome abatido y más cansado aún.

—¡Espera, te llevaré en moto!

—Gracias, tomaré un taxi.

Y desapareció.

CAPITULO IX

Traté de ponerme en contacto con Napoleón, quería advertirle de que aquella mañana no iría a buscar la ambulancia. Por otra parte, deseaba interrogarlo. Estaba seguro de que apretándole las clavijas sacaría algo de él.

Napoleón había visto al asesino de Marguerite, aunque insistiera en que la escasez de luz, el nerviosismo del momento, no le habían permitido mirarlo bien. Por otra parte, usaba unas gafas con muchas dioptrías.

Se callaba porque aquel tipo le había dado dinero para que no soltara la lengua. Napoleón era un desgraciado sin demasiado futuro y si le habían caído unos cientos de francos en el bolsillo, era como si le

hubiese tocado la lotería.

Y si con aquellos francos había podido pagar deudas atrasadas, seguramente ya no podría devolver el dinero que le habían dado. Por otra parte, la policía podía llegar a acusarlo de complicidad con el asesino.

Disqué el número de Napoleón. Imaginaba que respondería titubeante, con miedo, pero nadie respondió a la llamada. Insistí varias veces por si la línea telefónica funcionaba mal, pero Napoleón no respondió. No debía estar en el cuchitril donde me había dicho vivía.

Pensé que podía haberse dirigido a la casa de Doménico para esperarme allí junto a la ambulancia después de haber digerido el miedo que había demostrado la noche anterior.

—Alio?

Reconocí la voz tosca de Gertrude, aquella mujer que Doménico tenía para cuidar su casa y que debía haber sacado de las cavernas.

—¿Gertrude?

—Alio, alio, soy yo.

—Oiga, ¿está ahí Napoleón?

—No, no está.

—¿No ha venido hoy?

—No, no ha venido, lo ha llamado un monsieur.

—¿Qué monsieur? —pregunté.

—¿Y quién es usted? —inquirió ella, áspera y tosca como siempre.

—Soy Pierre, el amigo de Doménico, el que conduce la ambulancia —expliqué, no muy seguro de que me entendiera.

—Ah, sí, Pierre, el joven de la barbita.

—El mismo.

—¿Cómo está la mademoiselle?

—Silvy está muy bien, pero ¿quién diablos es el monsieur que preguntó por Napoleón?

—No lo sé. Era un monsieur, hablaba como un monsieur —trató de explicarme aquella mujer dentro de su incultura visceral.

—¿Qué quería? —insistí nervioso, oliéndome algo desagradable.

—Preguntaba por el camillero de la ambulancia. Yo no sabía el teléfono de usted ni su dirección.

—¿Y le dio la dirección de Napoleón?

—Sí. Napoleón es un buen muchacho, a veces me trae caramelos de anís.

—Ya. Bien, si aparece Napoleón por ahí, dígame que me llame.

—Sí, claro, ya se lo diré. —Me colgó. Por lo visto, yo no le llevaba caramelos de anís.

Quedé preocupado por Napoleón, pero no podía perder más tiempo,

tenía una cita en el cementerio del Père Lachaise.
Salí a la calle y monté a horcajadas sobre mi motocicleta.

Me dirigí al cementerio, pero aparqué lejos de su entrada principal en el boulevard de Ménilmontant. Anduve junto al alto muro que separaba la ciudad de los muertos de la ciudad de los vivos, un muro por el que colgaban enredaderas siempre verdes.

Penetré en el recinto. Era un día tranquilo, un día sin sol que amenazaba lluvia. Había poca gente paseando. Siempre me habían impresionado aquellas personas que se adentraban en el cementerio simplemente para pasear, para sentarse en sus bancos y tomar el sol frente a las sepulturas de grandes personajes de la historia, del arte, de la ciencia.

Yo mismo había escogido aquel lugar para la cita. Como se hallaba muy solitario, era fácil distinguir a alguien a distancia. Por un pequeño mapa-guía me había enterado bien de en qué lugar estaba la tumba de Chopin y no tardé en descubrir a una mujer con unas flores frente a la tumba del músico polaco.

Iba a pasar de largo cuando ella me interpelló.

—¿Buscas a alguien?

Me volví hacia la mujer y de pronto, la reconocí, era la chica de alterne del club Zodíaco.

—Vaya, ¿te ha enviado Rene?

—Estoy muerta de miedo —confesó.

—¿De veras? —Miré sus flores, eran rosas rojas—. ¿No te gustan los cementerios?

—No, yo soy del sur. Tengo miedo —repitió.

—¿Te ha obligado Rene a venir?

—Sí, me ha dicho que aquí encontraría a un tipo que vendría buscando a alguien con flores en la mano, y lo mismo que me has reconocido tú a mí, te he reconocido yo.

—La verdad es que con ese chaquetón de piel y el gorrito de lana no pareces la misma chica que vi en el Zodíaco; pero, hablemos de lo que importa. ¿Dónde está Rene?

—No lo sé. Me ha dicho que me encontrara contigo y que saliéramos juntos.

—¿No se fía de mí?

—Se ve que no conoces a Rene, él no se fía de nadie.

—Es el dueño del Zodíaco, ¿verdad?

—Eso dicen, pero es el enano quien da las voces. Además, Rene casi siempre anda de viaje y el enano manda, aunque cuando Rene llega, el enano lo obedece a él.

—Y a ti no te cae bien ninguno de los dos.

—Yo he de hacer lo que sea para ganarme la vida.

—¿Y qué te ha dicho Rene, que si no venías te ponía en la rué?
—Y que me darían una paliza y yo tengo miedo, mucho miedo de que me peguen.

—Lógico. Por cierto, ¿conocías a Marguerite?

—No.

—Pero ¿oíste hablar de ella?

—Dicen que era la favorita de Rene. Estuvo alguna vez por el Zodíaco, se daba aires de emperatriz y al fin y al cabo, hacía lo mismo que las demás.

—¿El qué?

—Abrirse de piernas —respondió brutalmente.

—¿Sabes para qué te ha hecho venir el tipo ese?

—Para encontrarme contigo.

—Sí, claro, pero eso es porque él no ha querido verme.

—Me ha dicho que te entregue esto.

Sacó un paquete de aspecto cilíndrico de su bolso de piel.

—¿Qué es esto, una bomba?

—No lo sé, me ha dicho que te lo dé y que me vaya, claro que si quieres que me vaya contigo, no tengo ningún inconveniente.

La miré, se me ponía muy facilona. pero pensé en Silvy y en que podía volver a llamar por teléfono y encontrarse con otra mujer en mi cama.

—Gracias. A mí tampoco me importaría irme contigo, pero tengo mucho trabajo.

Abrí el paquete tras romper el envoltorio y entre mis manos quedó un grueso fajo de billetes. Eran de cien francos, billetes fáciles para darles salida.

—Uauh, es mucho dinero, ¿no? —preguntó la chica.

—Sí, eso parece. ¿No sabías lo que me traías?

-No.

Tuve intención de devolverle el dinero para que a su vez se lo entregara a Rene Orbié.

—¿Te ha explicado él porqué me da este dinero?

—No, y no quiero meterme en líos.

—¿Puedes decirme en qué negocios anda metido Rene Orbié, aparte de ser el verdadero dueño del club Zodíaco?.

—No sé nada.

—¿Drogas?

—No sé nada —repitió la chica— y será mejor que me vaya. , —

¿Puedes darme un teléfono?

—¿Para qué?

—No sé, para que podamos hablar.

La vi asustada.

—Si quieres algo, búscame en el club. —Se alzó de puntillas y me dio

un beso en la boca. Luego, sin soltarme el rostro que me había cogido con su mano, me aconsejó—: Yo, de ti, me marcharía lejos. Rene es de los que no perdonan.

La chica se me escapó entre las tumbas. Podía haberla seguido con facilidad, pero no quise comprometerla más. Estaba asustada y como intermediaria podía resultar perjudicada.

Guardé el dinero en el bolsillo interior de mi cazadora.

Estaba claro que Rene Orbié había escogido el camino de pagar para que yo le devolviera su Porsche. Si hubiera querido matarme, podía haberlo hecho ya con cierta facilidad. Había muchas tumbas, y muchas de ellas eran como capilli-tas hechas con hierro forjado. Otras parecían pequeños monumentos de piedra como la del propio Chopin. Sí, se podía uno esconder tras una tumba y llenar de plomo a su víctima utilizando un silenciador para no hacer retumbar los cráneos de los muertos.

Salí despacio del cementerio para dar tiempo a la chica a que desapareciera, no quería comprometerla más. Cuando llegaba ya a la salida y descendía por la carretera que conducía al boulevard, aparecieron dos tipos malcarados.

No venían juntos; uno parecía entrar en el cementerio y el otro, me salió por la derecha.

Busqué al vigilante del cementerio pero no lo vi, debía haberse metido en su caseta que estaba junto a la entrada y a la derecha.

El tipo que me venía de cara se detuvo ante mí. Tenía las manos dentro del abrigo. Movié una de ellas y me dio a entender que me apuntaba con una pistola.

—No se ha terminado aún la visita al cementerio —silabeó.

Miré hacia la derecha y allí estaba el otro que también llevaba una pistola. Este no se molestó en esconderla dentro de las ropas.

—¿Cuál de vosotros es Rene? —inquirí.

—No hay respuestas. Date la vuelta y camina, salvo que quieras ocupar un lugar en este cementerio.

Dudé que me fueran a llenar de plomo. A Rene Orbié, yo le interesaba vivo, pero aquel par de individuos podían dispararme a las piernas y no tenía deseos de que me perforaran. Por otra parte, seguro que ellos me llevarían adonde estaba Rene Orbié, salvo que el Orbié de marras fuera uno de ellos.

—Está bien, visitaremos algunas tumbas más —acepté, resignado.

Me di la vuelta y comencé a desandar el camino.

Había caído en la trampa como un bobalicon. La lluvia que comenzó a caer era fina, la noté en mis cabellos, en mis manos. Me llevaron junto a la pared de la iglesia donde había un tercer personaje. Llevaba sombrero, gafas oscuras y una bufanda como un embozo. Si se hubiera

puesto una capucha, no estaría menos reconocible.

Los dos tipos de las pistolas quedaron atrás y yo avancé hasta el embozado.

—¿Tú eres Rene Orbié?

—Al fin nos vemos —respondió él.

—Has enviado a la chica de tu club para que me confiara.

—Y has picado.

Era cierto. La chica, el dinero que me había dado y su miedo, me habían hecho confiar. Había llegado a creer que Rene Orbié no quería aparecer por el cementerio, pero me había equivocado, porque Orbié estaba allí y yo tenía tras de mí a dos pistoleros que comenzarían a llenarme de balas si él lo ordenaba.

La lluvia aumentó. Si quedaba algún despistado dentro del cementerio, sin duda se apresuraría a marcharse. Mi situación se estaba poniendo muy difícil.

—Eres un tipo que se quiere pasar de listo.

—No será tanto —traté de bromear pese a que los demás tenían cara de pocos amigos.

—Te he pagado treinta mil francos, es más de lo que te ofrecí por teléfono.

—Pues, la verdad, aún no he contado los billetes.

—Hay treinta mil —repitió.

—Es mucho dinero.

—No te hagas el idiota que sé que no lo eres.

—Vaya, ¿me conoces?

—Un ambulancista que ha encontrado algo y quiere aprovecharse. ¿Cómo te llevaste el coche?

—Con la llave.

—¿Dónde estaba la llave?

—En la ambulancia.

—¡Maldita sea...! Bien, la llave y el pequinés.

—Poco a poco. ¿Por qué le diste la estricnina a Marguerite?

Creo que Rene Orbié babeó de rabia y sorpresa al oír mi pregunta.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo conduzco una ambulancia por hobby y por
ayudar a un

amigo, y ahora me ha dado por pasarme a investigador.

—¿Quién más sabe eso?

—Yo no he hablado con la policía.

—Mejor. Y para que te enteres, yo no le di la estricnina a Marguerite.

—¿No? Entonces, ¿quién se la dio?

—Se terminó tu investigación. Ahora vas a decirme dónde está el pequinés.

—Espacio, espacio, te lo diré mañana y también te entregaré la llave.

—¿Mañana?

—¿Tanta prisa tienes? El pequinés está a buen recaudo —le dije, siempre hablando del perro en lugar de mencionar el Porsche. Yo mismo lo había bautizado así y Orbié parecía seguirme el juego.

—Has cobrado ya el dinero que querías, ¿no es eso?

Seguía lloviendo.

—Yo no he pedido nada —repliqué.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

No era el momento de decirle que lo que deseaba era desenmascararlo y entregarlo a la policía. Si le decía tal cosa, iban a encontrarme muy pronto acribillado a balazos y Orbié y sus matones se marcharían tranquilamente del cementerio, dejándome allí tirado bajo la lluvia y haciendo compañía a los demás muertos. Después de todo, no era un mal sitio para morir. Allí estaba uno acompañado de celebridades históricas, seres que habían alcanzado la inmortalidad.

—Si me das lo que pido, te dejo ir con vida y con los treinta mil francos.

—¿Y si prefiero esperar a mañana?

—En ese caso, te haremos hablar.

—¿A la fuerza? —pregunté ingenuamente.

Creo que se sonrió detrás de la bufanda.

—Quiero el caniche y vas a decirme ahora mismo dónde está.

—Mañana volveré a llamarte. Quiero tomar mis precauciones para que no me conviertas en un cadáver más de los que hay aquí.

—Si te dejo ir, es posible que desaparezcas con el dinero o si vuelves a llamarme, me pidas más.

A mí ya empezaba a preocuparme el valor que podía tener el Porsche, si aquel tipo temía que yo le pidiera más dinero. Yo sabía que un coche deportivo de su categoría valía mucho dinero, pero después de todo, si tenía seguro an-tirrobo, no tenía que preocuparse tanto.

Lo que más debía temer de mí era que yo hablase a la policía de él. Era evidente que la policía debía estar buscando al culpable de la muerte de Marguerite.

—No voy a hacerte una faena, pero tampoco voy a dejar que tú me la hagas a mí. Si te digo lo que quieres saber, me matas aquí mismo.

Escuché un ruido tras de mí. Cuando quise volverme, ya algo pesado y contundente me golpeaba la nuca y tuve la impresión de que la torre Eiffel se me desplomaba encima.

Caí al suelo, no noté el golpe de la caída. Cuando me revolví, pude oír:

—No lo matéis, tiene que hablar.

Me dieron una patada. Me aparté a tiempo para que la patada no me alcanzara entre las piernas.

Decidí olvidar los dolores y luchar por mi vida. Acababa de llegar a la conclusión de que no iban a matarme, porque si yo moría, Rene Orbié no conseguiría averiguar dónde estaba el pequinés.

Conseguí agarrar el pie de uno de mis atacantes, lo retorcí y le hice caer al tiempo que yo me incorporaba. El otro tipo se me echó encima, yo le agarré la cabeza y le di un rodillazo en el bajo vientre. Después, le solté tal puñetazo en la cara que lo envié contra Rene Orbié.

Yo estaba desarmado y ellos tenían armas. Yo era uno solo y ellos, tres. Además, yo no era un héroe de película, sino un tipo normal pero en peligro, por lo que decidí confiar en mis pulmones y en mis piernas.

Corrí en zigzag como me habían enseñado a hacer en el ejército en mi entrenamiento de guerrillas. Oí las detonaciones y salté por encima de una tumba. De veras es sorprendente lo que podemos hacer cuando nos vemos perseguidos a muerte, casi nos salen alas. Yo corría y volaba, porque de veras volaba por encima de las tumbas, con el riesgo de quedar ensartado en una de las crucecitas.

Creo que no esperaban de mí una huida semejante y no era cobardía. ¿Tú qué hubieras hecho en mi lugar? ¿Quedarte allí para que te dieran una paliza, te sonsacaran y luego te asesinaran?

Llegué a la puerta cuando ellos aún quedaban lejos. Salí a la calle y seguí corriendo bajo la lluvia. Llegué hasta mi motocicleta y me puse en marcha mezclándome con el tráfico de París. Mi visita al cementerio del Père Lachaise había terminado, y podía considerarme satisfecho por no haberme quedado allí como uno más de sus inquilinos.

CAPITULO X

Rene Orbié debía estar tratando de localizarme, pero yo había tomado mis precauciones, una de las cuales era la de no aparecer junto a la ambulancia.

Aquel tipo debía estar seguro de que yo no iría con el cuento a la policía, porque había cobrado lo que él consideraba el pago de un chantaje, lo que me convertía en su cómplice por asesinato.

Llamé por teléfono a Silvy.

—¿Estás más frío, Pierre?

—¿Frío? Cada vez estoy más caliente.

Ella semejó reírse al otro lado del hilo. Luego, preguntó:

—¿Has visto a Orbié?

-Sí.

-¿Y qué?

—No he podido verlo bien, por poco me matan.
—¿Y qué ha sido de él?
—No sé, lo he dejado en el cementerio, pero seguro que volveré a verlo, ahora ya estoy convencido.
—Denúncialo a la policía.
—En realidad, no tengo ninguna prueba en su contra, son datos vagos. El me toma por un chantajista.
—Te voy a dar una noticia que puede interesarte.
—Adelante.
—El coche, el Porsche, lo compró Marguerite Avant.

—De modo que el coche, aunque lo condujera Rene Or bié, no lo había comprado él.

—No, lo compró su víctima.

—Interesante, quizás por eso no ha denunciado su desaparición. No obstante, al taller para la revisión lo llevó él.

—Ese detalle carece de importancia.

—Eso me hace pensar que ambos estaban metidos en un mismo lío, que por algo no se pusieron de acuerdo y Rene decidió eliminarla. Silvy, voy a proponerle otra cita a ese tipo, pero esta vez no me dejaré sorprender.

—Pierre, cuéntaselo todo a la policía, será lo mejor.

—No temas, al final se los llevará la policía. Ah, tengo que enseñarte una colección de cajas de cerillas que es magnífica.

—Algún día quizás me interese verla, pero si te matan, jamás llegará ese día.

Colgó.

Tenía unas ansias locas de mostrarle mi inexistente colección de cajas de cerillas, pero tenía que esperar. Silvy era de las mujeres que no se daban con facilidad.

Llamé de nuevo a Napoleón sin obtener respuesta.

Decidí ir a ver a Doménico al hospital. Le estaba estropeando el negocio de la ambulancia y me sentía obligado a contárselo.

Cuando Doménico me recibió en su habitación del hospital, su cara de tinte amarillento me pareció más preocupada de lo que esperaba.

—¿Te sientes peor?

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Pierre? —me preguntó casi sin voz.

—¿Te lo ha contado Napoleón? —pregunté.

-No.

—¿Quién, entonces?

—La policía.

—¿Ha estado aquí?

-Sí.

—No sabía. ¿Qué han dicho?

—Pero ¿es que no lo sabes?

—Bueno, Napoleón y yo llevamos a una mujer que murió en la ambulancia, al parecer la asesinaron. La policía sospecha que Napoleón vio al asesino y que podía reconocerlo.

—No me cabe ninguna duda.

—Yo lo estoy buscando para hablar con él y no consigo encontrarlo, no responde al teléfono.

—Si vas a la Morgue, lo encontrarás.

—¿A la Morgue?

-Sí.

—¿Muerto? —inquirí, atónito.

—Sí, lo ha atropellado un coche, pero unos testigos dicen que ha sido expresamente. Le han dado un golpe y luego el coche ha maniobrado para pasarle las ruedas por encima de la cabeza, reventándose.

—¡Ese hijo de perra! —mascullé.

—¿Conoces al asesino?

—No lo sé.

—Muchacho, puedes ser mi hijo, fuiste amigo de mi hijo, debes contármelo todo.

—Ya te lo habrá dicho la policía. Napoleón vio al asesino y algo debió ocurrir, quizás el asesino le pagó para que se olvidara de que le había visto y Napoleón se sintió acorralado.

—Cuéntaselo a la policía.

—Sí, eso haré.

—¿Y no sabes por qué mata ese tipo?

—Aún no, pero lo averiguaré.

Doménico quiso retenerme pero yo me marché. La muerte de Napoleón aceleraba las cosas. Rene Orbié debía estar desesperado. Si había matado a Napoleón, contaba con que yo fuera el siguiente cadáver.

Necesitaba reflexionar. ¿Por qué un coche traía loco a aquel tipo, un coche que había pagado Marguerite? Debía haber algo más.

Fui a buscar el lujoso deportivo. Lo saqué del parking,

pagué su estancia en él y salí a la carretera como si fue dar un paseo.

En un paraje solitario, me detuve. Saqué un cigarrillo encendí despacio, buscaba en mi mente la clave al enigma. Abrí la portezuela, salí del coche y lo contemplé por fuera.

Si Rene Orbié había perdido la llave porque se la había llevado consigo la moribunda, él no podía utilizarlo y si no se habría atrevido a abrirlo porque debía disponer de algún sofisticado sistema antirrobo.

Escruté las puertas y descubrí varios resortes que de entrar en acción si se forzaba la portezuela. No había de tener un buen sistema de alarma. Rene Orbié no se había atrevido a armar escándalo después de

asesinar a Margue Le faltaba la llave y debía haberla estado buscando poi das partes.

Abrí el maletero y comprobé que allí también había re tes antirrobo por si se abría inopinadamente sin utiliza llave adecuada.

De pronto, me quedé mirando al pequinés disecado. A perrito que me miraba con sus ojos de plástico, un día p< haber sido juguétón y cascarrabias y ahora estaba quiei lleno de serrín. ¿Serrín...?

CAPITULO XI

Aún no sabía muy bien en que mogollón me había metido cuando con mi motocicleta me dirigía hacia las catacumbas de París, cuya entrada estaba en la plaza Denfert-Rochereau.

No es fácil visitar las catacumbas en razón a sus estrictos horarios. Yo había concertado aquella cita; sin saber por qué, siempre acababa citando a Rene Orbié en lugares que pertenecían al reino de los muertos.

Recuerdo muy bien cuando lo telefoneé al Zodíaco. Naturalmente me respondieron que no estaba, que había salido de viaje. Yo dejé el recado de que dos horas más tarde volvería a llamar porque me interesaba hacer un negocio con él y que le dijeran que olvidaría sus desconsideraciones. Naturalmente, sus desconsideraciones habían consistido en perseguirme a tiros por el cementerio del Père Lachaise. Cuando volví a llamar, primero se puso Lorange, lo reconocí y directamente le exigí:

—Dile a tu amo que se ponga, el negocio puede interesarle.

Lorange había gruñido como un perro molesto, pero no tardé en oír la voz de Orbié. Era una voz oscura, recelosa.

—¿Eres el ambulancista?

—Vamos, Rene, tú estás pensando que soy un cabrón y yo, que tú eres un hijo de perra, pero eso no tiene que influir en nuestros negocios.

—¿Qué negocios? —preguntó él, siempre receloso.

—A mí, tu pequinés me importa un pimiento. Te devolveré el coche, haz lo que quieras con él y también el chucho disecado, no me interesa, pero te costará un poco más.

—¿Cuánto?

—Me has dado treinta. Yo no soy ningún estúpido y no pido la luna, sube veinte más y llegaremos a cincuenta.

—Es mucho —objetó Orbié.

—El perrito vale más. Si no te interesa, me iré a Amster-dam, allí me darán lo suficiente para que pueda emigrar.

—Espera, te daré los veinte.

—De acuerdo —acepté—. Pero si veo a tus matones, se acabó el trato. Quiero disfrutar del dinero vivo y no muerto.

—¿Dónde nos podemos encontrar?

—En las catacumbas —dije yo.

Recordaba perfectamente aquella conversación telefónica. Las catacumbas, en realidad, eran una ratonera. Se lo conté a Silvy por si no salía vivo del affaire. Ella me respondió que estaba investigando más sobre la vida y milagros de la bella Marguerite.

Llegué a las catacumbas y me puse entre el escaso número de turistas que aquel día querían ver los restos humanos sacados de los distintos cementerios de la ciudad, los Inocentes, Saint-Etienne des Gres, de la Trinité...

Rene Orbié trataría de pasar desapercibido. Yo no le conocía bien, pero miré disimuladamente en derredor sin descubrirlo.

—Adelante, adelante —apremió el guía de la visita.

En el dintel de la entrada, un claro y tétrico aviso:

«DETENTE, ESTE ES EL IMPERIO DE LA MUERTE.»

Descendimos al osario subterráneo donde se apiñaban restos de más de seis millones de personas. Hileras de calaveras, unas encima de otras, formando una siniestra barrera. El espectáculo era de auténtico «alucine», aquel lugar siempre impresionaba. Aquello no eran imitaciones, no eran calaveras de yeso ni de plástico, eran auténticas. Me retrasé un poco, mientras el guía iba dando algunas explicaciones. De pronto...

—¿Dónde está el pequinés?

Me volví ligeramente. A mi izquierda había un falso vie-jete de barba blanca y espalda algo encorvada. El tal Orbié era un buen actor. Me observaba a través de unas gafas redondas de cristales amarillos. Tuve la impresión de que me estaba apuntando con algo.

—¿Traes el dinero?

—Sí, pero no veo al pequinés.

—Es igual, traigo lo que había dentro del pequinés en una bolsa. —La saqué de mi bolsillo.

—¿Las has visto? —preguntó.

—Sí, son unas magníficas piedras preciosas. Rubíes, esmeraldas y brillantes de muchos quilates, piedras muy valiosas pero que yo no conseguiría vender con facilidad. No conozco a los peristas adecuados, aunque un botín como éste ha de tener fácil venta. ¿Proceden de joyas robadas?

—Es mejor que no preguntes.

—Quiero saberlo —insistí, sin soltar la bolsita negra que sostenía en mi mano.

—Son joyas robadas en Suiza, Italia, España. Las piedras preciosas se

sacan de las joyas. Las piedras pequeñas se pueden vender a joyeros peristas de los propios países, pero las gemas grandes siguen un circuito internacional para que la Interpol no las localice. ¿Satisfecho? —De modo que tú eres el jefe de una red de peristas especializados en robos de piedras preciosas a nivel internacional.

—Más o menos.

—¿Y Marguerite?

—Ella era el camello.

—Pero el Porsche era suyo.

—Lo compró ella con mi dinero, el coche era mío. Yo la saqué de prostituta fina, la hice mi amante y...

—La convertiste en camello de piedras preciosas robadas.

—¡Basta ya! —cortó cuando el grupo de turistas se alejaba entre los huesos humanos, calaveras y huesos largos amontonados y pegados contra las paredes con macabro orden, seres que nos observaban desde sus cuencas vacías.

Comprendí que aquél era el momento en que Rene Orbié podía asesinarme. Salté de lado cuando ya un fogonazo casi chamuscaba mis ropas. Tuve tiempo de darle un puntapié que lo envió contra las calaveras de una de las paredes.

Rene Orbié volvió a disparar y la bala se metió por la cuenca vacía de una de las calaveras.

Se oyó un silbato e inmediatamente aparecieron seis hombres que se echaron sobre nosotros. A mí me derribaron y a Rene Orbié, lo mismo.

—¡Quietos, policía! —exclamó alguien cuya cara no vi.

Delante tenía una calavera que parecía estar riéndose de mí.

EPILOGO

Como a Silvy no le gustaba viajar en motocicleta bajo la lluvia, tuve que venderla y comprarme un cochecito de dos puertas. Silvy, que se mostraba muy cariñosa conmigo, estaba contenta, le habían publicado su reportaje sobre el misterio del pequinés.

Tengo que decirte, amigo, que si le cuentas un secreto a una mujer, estás perdido o salvado como en mi caso, porque Silvy dio el chivatazo a la policía, por eso los agentes estaban camuflados dentro de las catacumbas, aguardando el momento para intervenir.

Ella les había explicado que yo no hacía chantaje, sino que simplemente trataba de descubrir a un asesino. La policía se puso recelosa, pero el juez se dejó convencer y también un jurado.

A Rene Orbié lo condenaron a la guillotina, pero se le conmutó la pena por la perpetua. Se lo estimó culpable de la muerte de Marguerite y no se le pudo probar la muerte de Napoleón, aunque él le confesó a Silvy (que lo visitó en prisión) que sí había matado a Napoleón porque éste le había visto en la casa de la rue Veugirard y

Rene le dio dinero para que callara. Después, pensó que lo había traicionado y que podía señalarlo delante de un jurado.

—Entonces, ¿quién mató a Marguerite? —pregunté yo a Silvy, perplejo.

—Orbié asegura que se suicidó. En realidad, ella sufrió una depresión histérica. Trató de atraer la atención del delincuente internacional sobre ella cuando Rene parecía volcarse por otra chica nueva. Marguerite escogió la estricnina entre otras cosas pese a que uno, cuando se suicida, no suele escoger ese veneno; pero ella, que era aficionada a las drogas, se inyectó morfina para no sentir dolor. Montado ya el número teatral del que ella suponía iba a salir con vida, se enfrentó a Rene Orbié diciéndole que si no la prefería a ella, lo acusarían de su muerte porque se había tomado la estricnina. Rene Orbié cuenta que, furioso, la golpeó, pero luego llamó a la ambulancia para que la trasladaran al hospital y trataran de salvarla. Pero, la muy idiota e histérica Marguerite, había ingerido demasiada cantidad de estricnina y se murió sin haberle dado a su amante la llave del coche que ella utilizaba como camello para llevar de un país a otro las gemas roba das. Rene Orbié se dio a todos los diablos, pues no esperaba una actuación semejante de ella, pero Marguerite era mujer y por tanto, imprevisible, y más teniendo en cuenta su adic-ción a las drogas que ya había sido descubierta por Rene Orbié.

—De modo que Orbié mató a Napoleón y no lo condenan por falta de pruebas. En cambio, no asesinó a Marguerite, pero lo sentencian por su muerte.

—Sí, la vida y la justicia también son imprevisibles.

Comenzó a llover sobre el cochecito. Recordé que tenía que decirle a Doménico que no iba a poder seguir conduciendo su ambulancia, ahora estaba ocupado. Tenía que mostrarle a Silvy mi fabulosa colección de cajas de cerillas usadas y esta vez, seguro que no se negaría a verlas.

Alargué mi mano y-<H Puse sobre su cálido muslo. Ella volvió su rostro hacia mí, mientras el limpiaparabrisas hacía zum-zum-zum.

—Mira, te voy a enseñar mi colección de cajas de cerillas... Silvy se echó a reír y yo también, París era nuestro.

FIN